

EL ARMA ABSOLUTA

L. G. MILK

El arma absoluta

Louis G. Milk

El arma absoluta



EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Teléf. 251 22 09
BARCELONA

Chorroarín, 1440, A
Teléf. 51-7372
BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 32622 - 1964
Núm. de Registro: 6087 - 1964

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones Toray, S. A.- Arnaldo de Oms, 51-53 -Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



L hombre que estaba sentado tras la mesa de despacho contempló durante unos segundos, con gesto especulativo, a Penn Guilford. El muchacho se sintió un poco incómodo al soportar en silencio el examen de que era objeto; parecíale ser un insecto situado bajo la lupa del naturalista.

—¿Qué tal se encuentra, señor Guilford? —preguntó por fin el general Mahlvorson, director del Servicio de Inteligencia del Espacio (SIS).

—Molido y apaleado, señor —contestó Guilford sin rodeos.

El granítico rostro del general se dulcificó un poco cuando sus labios se distendieron en una suave sonrisa.

—Me lo imagino fácilmente —contestó—. No por las operaciones quirúrgicas en sí, sino por sus efectos posteriores, ¿no es cierto?

—Sí, señor —admitió Penn Guilford—. Tengo la cabeza como una olla de grillos paranoicos, y el costado me duele y me pincha todavía.

—Es lo natural, hasta que se acostumbre usted —dijo Mahlvorson—. A todo el mundo, por regla general, le sucede lo mismo. Dentro de dos semanas, ya no sentirá usted ninguna molestia, se lo aseguro.

—Confío en su palabra, señor. ¿Puedo saber a qué se debe mi paso por el quirófano?

—Puede saberlo. Por eso mismo le he llamado, una vez que los médicos me dijeron estaba en perfectas condiciones físicas. Tiene que ir a Marte, señor Guilford.

Penn Guilford no se extrañó en absoluto de que se le enviase al cuarto planeta. En su calidad de miembro del SIS solía desempeñar las más absurdas y aun, a veces, arriesgadas misiones. Se preguntó qué de especial podría tener la misión que ahora le iba a ser asignada. Por lo que había podido deducir, las operaciones quirúrgicas a que había sometido, no tenían nada de fáciles, y para él, lo malo en sí no eran las propias operaciones, sino sus consecuencias posteriores.

Esperó. Al cabo de unos segundos, el general siguió hablando:

—En la actualidad, existe en Marte un movimiento de tipo independentista, cuyas aspiraciones representan la separación, pura y simple, en el aspecto político, del gobierno de la Tierra. En suma, la independencia absoluta. Ciertamente —añadió Mahlvorson—, puede decirse que la tienen en la práctica, puesto que se gobiernan de una manera autónoma, pero usted ya sabe que el gobierno de la Tierra posee el derecho de veto sobre el gobernador que los marcianos eligen.

—Y ellos —dijo Guilford— quieren elegirlo sin intervención alguna por nuestra parte.

—Así es —convino el general—. Esto, claro, aparte de otras consideraciones de tipo político y administrativo que no hacen al caso. Naturalmente, el gobierno terrestre no está interesado, en modo alguno, en yugular tal movimiento, salvo que estima que éste no es el momento adecuado, por una parte. Por otra, existe el hecho de que algunos de los independentistas —llamémosles así— han recurrido al terrorismo como medio de lograr sus fines y a nosotros no nos interesa dar la sensación de que cedemos ante el uso de la fuerza. Además, tenemos a favor la mayoría de la opinión marciana, no porque todos ellos no deseen fervientemente la separación total, sino porque son opuestos a conseguirla por medios violentos.

»Pero usted ya sabe siempre lo que pasa en casos semejantes: la opinión de la mayoría no cuenta, sino los hechos de una minoría exaltada, que es capaz de no retroceder ante nada, con tal de conseguir sus propósitos. Esa minoría, que actúa casi siempre bajo el imperio de la violencia, se impone a la mayoría pacífica por todos los medios, sin preocuparle cuáles sean los resultados de la utilización de tales medios.

»En circunstancias ordinarias, no nos habría importado eso nada en absoluto —siguió diciendo Mahlvorson—. Si los marcianos no saben dominar su terrorismo, allá ellos. Pero ahora las cosas son muy distintas y nos interesa sobremanera hallar al jefe de ese movimiento y a sus principales secuaces y ponerlos a la sombra durante una buena temporada. Por dos razones, señor Guilford.

El joven sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca. Las palabras de su jefe estaban resultando muy interesantes.

—La primera y principal razón —expresó Mahlvorson— es que tenemos noticias de que han inventado un arma absoluta. No sabemos cuál es ni cómo funciona, pero tenemos noticias de que sus efectos superan a todo cuanto conocemos hasta ahora, incluyendo a las bombas nucleares capaces de convertir el planeta en pedacitos. Usted tiene que hallar el arma y al jefe del movimiento, cuyo nombre y demás datos físicos desconocemos en absoluto, pero al cual hemos convenido en dar el nombre, muy adecuado para la ocasión, de «señor Ghost».

Guilford sonrió.

—«El señor Fantasma» —dijo.

—Así es. Nadie sabe quién es, ni cómo es, ni dónde vive. El señor Ghost es tan desconocido para nosotros como lo eran los indios para Colón antes del desembarco. En cambio, y a juzgar por los resultados, nosotros no debemos resultar al señor Ghost y a sus amigos, tan desconocidos, dado que dos de nuestros mejores agentes han desaparecido sin dejar rastro... mucho nos tememos que ya no aparezcan hasta el día del Juicio Final, señor Guilford.

El joven hizo una mueca.

—La cosa tiene su atractivo, sin ninguna duda —comentó.

—Celebro su sentido del humor —dijo el general—. Le hará falta, porque, hablando vulgarmente, las va a pasar moradas, señor Guilford. Pero confío en que usted sabrá hallar al señor Ghost y a su arma absoluta, y reducirlos a la impotencia. Si se tratase de una bomba nuclear disparada desde Marte, tendríamos posibilidades de destruirla en el espacio, pero el arma absoluta de que disponen para conseguir la independencia, nos es desconocida. Incluso podría ser que ya la tuviesen dispuesta en la Tierra, como una bomba de tiempo o de control remoto, que ellos harían explotar cuando se les antojase, si nos negábamos a darles la independencia. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor.

El general tomó un sobre de la mesa y lo depositó frente al joven.

—Su pasaje en la astronave «Fraternity VI», dinero y documentos que le acreditan como periodista del «News Times». Es un truco un tanto burdo, pero Martin murió siendo un turista, y Lannegar desapareció cuando hacía de viajante de comercio. Usted va a Galilea como enviado especial de su revista, para hacer una serie de reportajes a las personas más conspicuas de aquella ciudad. Obvio es decir que el auténtico señor Guilford ha sido retirado de la circulación durante una temporada, a fin de evitar deslices perniciosos, ¿me ha comprendido usted?

El joven asintió. En el SIS llegaba uno a olvidarse de su nombre verdadero. El durísimo entrenamiento que había soportado le hacía ahora contestar automáticamente cada vez que alguien le llamaba Guilford.

—La radio que le han incrustado bajo el parietal le servirá para transmitir sus mensajes y para la recepción de los que le enviemos. Una estación de enlace los recogerá, amplificará y transmitirá, pero usted no sabrá dónde se encuentra situada esa estación —explicó Mahlvorson—. Cuando necesite

transmitir, emplee la contraseña BF101. Nosotros emplearemos la misma, si estimamos necesario darle más instrucciones o enviarle algún aviso particularmente importante.

»En cuanto al aparatito que tiene en el costado, posee una misión peculiar. Cada vez que alguien piense o sospeche de usted como perteneciente al SIS, notará una serie de pinchazos suaves y espaciados en el costado. No me diga cómo funciona, no soy técnico, pero funciona, que es lo importante. Ahora bien, ese aparato no le dirá a usted si el que, en sus inmediaciones, piensa en el SIS es amigo o enemigo; simplemente, le advertirá de que una —o más personas— están pensando en nuestra organización. A usted le toca, por tanto, descubrir si son enemigos o aliados.

—¿Debo deducir que no estaré solo en esas investigaciones? —preguntó el joven.

—Tendría que contestarle que se lo hará todo, pero no podemos correr riesgos. Habrá más de uno dispuesto a ayudarle, aunque usted, por supuesto, será quien lleve el peso de la investigación y la gloria o su fracaso.

—Conceptos ambos muy relativos —Guilford sonrió—, porque nadie sabrá que he triunfado o fracasado, general.

Mahlvorson no pestañeó.

—Ésos son los inconvenientes de nuestra profesión. En cambio, una de las ventajas que puede obtener será, entre otras, conseguir un año de vacaciones totales, con doble sueldo.

—La perspectiva es alentadora —convino el joven—. Sin embargo, usted dijo antes que había dos razones para hallar al misterioso señor Ghost. Una de ellas es el arma absoluta. ¿Cuál es la otra?

—Le diré, señor Guilford —contestó el general—. Hace muchísimos años, uno de los mejores expertos en radioastronomía, el doctor Zanetti, emitió un mensaje en morse, sencillo, claro, sin complicaciones, en dirección a Sirio, estrella que, como usted sabe, está a poco más de nueve años luz de nuestro Sistema Solar. Dieciocho años después, recibió una respuesta sorprendente: sus mismos signos, más otros por completo desconocidos, cuyo significado no supo descifrar. Alentado por aquel éxito, emitió otro mensaje y esperó dieciocho años más.

«Recibió su segunda respuesta, con otra serie de signos tan ininteligibles como los primeros, pero que guardaban un orden preestablecido, lo que indicaba habían sido producidos por unos seres dotados de inteligencia y, naturalmente, de estaciones emisoras de ondas de radio. Lanzó su tercer mensaje a los treinta y seis años del primero, pero, uno después, murió, sin dejar concluida su obra.

»Ahora bien, el doctor Zanetti tenía un discípulo favorito, el profesor Shokaku, el cual continuó la tarea. Dieciocho años más tarde, se recibió el tercer mensaje de Sirio y se envió el cuarto de la Tierra. Hubieron de pasar otros dieciocho más antes de que se recibiera el cuarto mensaje de Sirio; entonces, Shokaku tenía ya sesenta años. Envió su quinto mensaje y... ahora,

cuando el profesor Shokaku está a punto de cumplir los setenta y ocho años, esperamos recibir el quinto mensaje de Sirio de una forma ya completamente inteligible para los humanos de la Tierra.

El joven silbó por lo bajo.

—La paciencia de algunos científicos es realmente notable —se admiró—. Han pasado nada menos que noventa años desde que se envió el primer mensaje.

—Así es —reconoció el general—. Y, como puede comprender, esto nos llena de satisfacción por una parte, porque, al fin, vamos a entablar relaciones con unos seres inteligentes que no han nacido en el Sistema Solar. Pero por otra, estamos muy preocupados. Sencillamente, desconocemos las intenciones de los sirianos... pero tenemos presentes las catastróficas experiencias de la historia de la Tierra. Cada vez que dos civilizaciones terrestres se han encontrado, de una forma o de otra, en la mayoría de ocasiones, por descubrimiento de la inferior por la superior, se ha producido un choque que ha sido todo menos blando y pacífico. Una de las dos civilizaciones ha terminado por sucumbir de modo inexorable, y eso parece ser norma inalterable en cualquier parte donde existen seres con inteligencia.

»Ahora bien, la duda que nos queda es: «¿Son los sirianos más inteligentes que los terrestres?» En tal caso, correríamos grave riesgo de ser destruidos al relacionarnos con ellos. En el contrario, yo creo que ambos sistemas podríamos entendernos muy bien y establecer una colaboración fructífera para el futuro. Podemos responder de lo que haremos nosotros, pero no de lo que harán los sirianos... y si éstos demostrasen actitudes hostiles, una división de fuerzas nos resultaría fatal, catastrófica. Por eso nos conviene estar unidos sólidamente y por la misma razón no podemos, de momento, conceder la independencia a Marte.

CAPÍTULO II



OMO miembro del SIS, Penn Guilford estaba acostumbrado a no asombrarse de nada. En sus treinta y pico años, había visto demasiadas cosas para que hubiese algo en este mundo lo bastante insólito para causarle extrañeza. En la presente ocasión, sin embargo, no sólo la misión asignada sino también las singulares manifestaciones del general Mahlvorson le habían sumido en una perplejidad y en un estado de ánimo poco habituales en él. La astronave «Fraternity VI» partía al día siguiente, muy temprano. Era preciso, pues, tenerlo todo preparado y acostarse pronto, para poder madrugar al objeto de llegar con tiempo al astropuerto. Mientras llenaba su maleta con lo más indispensable, reflexionaba sobre cuanto había escuchado poco antes.

Ciertamente; conocía el movimiento independentista de Marte y estimaba lógico que, habiendo llegado la colonia a la madurez social, política y económica, quisiera emanciparse por completo de la relativa servidumbre que aún la ligaba a la Tierra. Lo que no acababa de entender bien era ya la forma en que algunos exaltados pretendían acelerar un proceso político que, en su opinión y por sus experiencias históricas, era inevitable.

Parecíale incluso absurdo el que algunos extremistas hubiesen recurrido al atentado total, cosa que se desprendía de las palabras de Mahlvorson. Por sus estudios históricos, forzosos en su profesión, conocía muchas de las organizaciones terroristas del pasado. Pero todos los atentados ocurridos en tiempos pretéritos, habían sido realizados contra una persona o, cuando más, contra un reducido grupo de personas, nunca contra una población de casi once mil millones de seres humanos. Le resultaba increíble pensar que existiese un grupo de fanáticos capaces de destruir la Tierra sólo por conseguir la independencia total de los treinta o cuarenta millones de personas que habitaban Marte en aquella época.

¿Qué clase de bomba tenían preparada?, se preguntó. ¿Cómo podían soñar siquiera en hacer estallar el Tercer planeta como un petardo de feria, si, a la larga, ellos mismos resultarían destruidos? No se podía convertir un planeta en pedacitos así como así, aunque existían armas capaces de conseguirlo, puesto que, en tal caso, el delicado equilibrio gravitatorio que mantenía a todos los planetas del sistema en sus respectivas órbitas en torno al Sol,

quedaría alterado, con las consecuencias que, más pronto o más tarde, se producirían de forma inevitable y que eran fáciles de prever.

¿Y si no era un arma explosiva, sino biológica? Un virus mortal, por ejemplo, un virus sin defensa, capaz de matar a once mil millones en un cortísimo espacio de tiempo. Así, desde luego, obtendrían la independencia sin discusión; al no existir ningún gobierno en la Tierra, ellos no serían gobernados más que por sí mismos. Como en el viejo refrán, «muerto el perro se acabó la rabia».

Pero ésta no era solución, como tampoco la era, a su entender, hallar al desconocido señor Ghost y liquidarlo. En tal caso, sería considerado como un mártir, y quizás era esto lo que los independentistas andaban buscando: el nombre de un mártir para, apoyándose en él, conseguir mejor sus propósitos. Había, quizá, una solución, y era eliminarlo en silencio, sin dar cuatro cuartos al pregonero... pero ¿quién era y dónde estaba el tal Ghost?

Y no se les podía explicar a los fanáticos la necesidad de esperar un tiempo para conocer las intenciones de los sirianos. «Los fanáticos no razonan, actúan de modo implacable contra todo lo que no está de acuerdo con sus ideas», se dijo, mientras colocaba el broche de la maleta.

En aquel momento, la llamada del timbre cortó sus reflexiones. Frunció el ceño, extrañado, por la sencilla razón de que no esperaba ninguna visita.

Su profesión de agente del SIS le había hecho receloso y desconfiado de todo cuanto no tuviese una explicación lógica y aun de lo que la tenía. Alargando el brazo derecho, se subió un poco la manga y comprobó si el aparato que tenía sujeto al antebrazo por medio de unas correas estaba en situación de funcionar. Luego bajó la manga de nuevo y se encaminó hacia la puerta.

Al abrirla, se encontró frente a dos sujetos, ambos de su edad, fuertes, bien vestidos y con aspecto normal. Un rápido vistazo le indicó que no llevaban armas, cuando menos de forma perceptible, por lo que se dispuso a averiguar las intenciones de sus visitantes.

—¿El señor Guilford? —preguntó uno de ellos.

—Yo mismo —contestó el joven—. ¿Qué es lo que desean?

—Me llamo Jones —se presentó el sujeto—. Éste es García.

«Dos nombres muy vulgares y, por lo mismo, tan falsos como el de Guilford», pensó en el acto, muy acertadamente.

—¿Podríamos hablar unos momentos con usted, señor Guilford? —preguntó García.

—Por supuesto —accedió él—. Pasen, tengan la bondad.

Se echó a un lado y cerró la puerta apenas los visitantes hubieron cruzado el umbral. Luego les ofreció tomar una copa, a lo cual Jones y García accedieron encantados.

Guilford preparó los vasos, entregando uno a cada visitante.

—¿Y bien? —preguntó, después del primer sorbo.

—Verá usted, señor Guilford —dijo García—, mi amigo y yo nos hemos

enterado, por la compañía de viajes, naturalmente, que parte mañana hacia Marte.

—Así es, en efecto. Soy periodista y represento al «New Times», de cuyo director tengo el encargo de realizar una serie de crónicas y reportajes sobre los personajes más importantes de Galilea.

—Lo sabemos —dijo Jones—. Y por este motivo hemos venido a visitarle.

—Sigan, por favor —rogó el joven.

—Usted, casi seguro, entrevistará a un tal Hans Pletz, poderoso industrial de Galilea. Es una de las personas más influyentes de dicha ciudad y sus empresas forman un gran complejo que da trabajo a miles de hombres y mujeres. Tenemos entendido que pronto se piensa presentar para las elecciones a alcalde y que cuenta con grandes posibilidades de obtener la mayoría absoluta.

—Sí, eso mismo he oído yo —convino Guilford, quien ya había sido aleccionado sobre la mayoría de personajes importantes de Galilea.

—Pues bien —siguió García, alternándose con su compañero en la explicación de los motivos de su visita—, nosotros lo que deseamos es que nos comunique el texto de su entrevista con Hans Pletz veinticuatro horas antes que al «News Times». Le entregaremos una sencillo texto de cifra para que nos espaciografíe dicha entrevista, de la cual, le aseguro, no haremos uso público, ya que no se trata de venderla a una revista de la competencia.

—Por cuyo servicio estamos dispuestos a abonarla la suma de veinticinco mil solares —añadió Jones.

Guilford reflexionó unos segundos.

—De modo que quieren conocer la entrevista antes que mi periódico y no es por rivalidad profesional —dijo.

—Exactamente —corroboró García.

Jones sonrió con malicia.

—La jungla de los negocios es algo despiadado, señor Guilford —manifestó a guisa de explicación.

—Lo cual significa —dijo el joven— que ustedes sabrán extraer de dicha entrevista las conclusiones necesarias para realizar una especulación financiera favorable a sus intereses particulares.

Los dos visitantes sonrieron a la vez.

—Admiramos su clarividencia, señor Guilford —alabó García.

—Y confiamos en sus dotes de periodista para que obtenga del señor Pletz los mayores datos posibles tendentes a conseguir nuestros propósitos —agregó Jones.

Por unos instantes, Guilford estuvo tentado de aceptar. Naturalmente, no había creído en absoluto los pretextos de sus visitantes. Pero él no podía entretenerse a interrogarlos; ya había expertos en el SIS que lo harían con suma eficacia.

Quiso probarlos y preguntó:

—¿Qué sucedería si yo me negase?

Hubo una pausa de silencio. De pronto, Guilford sintió un vivo pinchazo en el costado izquierdo. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo de voluntad para seguir manteniendo la misma expresión.

Recordó las palabras de Mahlvorson. El aparato que tenía incrustado en su anatomía funcionaría cada vez que alguien pensase en el SIS. De él dependería saber si el que pensaba en la organización era amigo o enemigo.

Alargó el brazo derecho y contrajo los músculos. Sonó un leve chasquido, apenas mayor que el «tic» de un reloj de sobremesa.

El cuerpo de García se envaró de repente, a la vez que sus ojos se dilataban por el asombro que sentía. Un segundo después, lanzaba un hondo suspiro y se desplomaba al suelo.

—¿Qué diablos...?

Jones no pudo seguir hablando. El joven repitió la operación. Sonó un segundo chasquido y el otro visitante siguió a García en su caída.

A continuación, Guilford, con el índice de la mano izquierda, se presionó un pequeño bulto que tenía tras la oreja. Esperó unos segundos y luego tocó con la punta de la lengua el vértice del incisivo superior del mismo lado.

Una voz resonó en su cerebro.

—*Adelante, BF101. Central SIS a la escucha.*

—*Acabo de tener una visita* —describió a los dos sujetos y explicó sus propósitos, usando la lengua como pulsador para el morse—. *En vista de que eran enemigos, les disparé sendos proyectiles anestésicos. Solicito instrucciones.*

—*Aguarde un momento* —contestó la central—. *Voy a pasar su mensaje al jefe. Siga a la escucha, BF101.*

—*Conforme.*

Guilford encendió un cigarrillo. El efecto del anestésico, además de instantáneo, duraba varias horas. Antes de que los visitantes hubiesen tenido tiempo de despertar, vendría alguien a llevárselos.

Esperó treinta minutos, hasta que percibió en el interior de su cráneo el vozarrón del jefe.

—*¿Qué le ha sucedido, Guilford? ¿Ha tenido que inutilizar a dos visitantes sospechosos?*

—*Así ha sido, señor. Están aquí, delante de mí.*

De pronto, Guilford creyó que le explotaba el cráneo.

—*¡Jefe, haga el favor de no jurar cuando esté hablando conmigo!* —protestó.

Casi creyó ver la sonrisa de Mahlvorson.

—*Lo siento, muchacho; no pude contenerme. Le aseguro que no pasará más. Está bien, váyase ahora de casa y alójese en el hotel del astropuerto.*

—*Pero ¿y los dos sospechosos?*

—*Deje que nosotros nos encarguemos de ellos, Guilford. Haga lo que le he dicho y... ¡Buen viaje y mejor suerte!*

—*Gracias, señor.*

Apenas hubo cortado la comunicación, tuvo que correr al cuarto de baño a tomarse dos aspirinas.

—Si cada vez que tenga que hablar por «craneorradio» me va a pasar esto, estoy aviado —fue la amarga conclusión a que llegó momentos más tarde.

* * *

Al día siguiente estudió el aspecto de los pasajeros que embarcaban en la «Fraternity VI». Cuatro viajantes de comercio, dos militares, un misionero, tres parejas en viaje de novios, tres sujetos con aspecto de negociantes, una cuarentena de turistas en borreguil manada, cuatro chicas de aspecto alegre y desenvuelto, a las cuales era fácil catalogar a primera vista; un preso, escoltado por un agente y casi seguro reclamado por algún tribunal marciano; un bonzo budista, un sujeto miope con aspecto de científico, posiblemente un naturalista, el campeón mundial de ajedrez, una famosa artista de estéreo-televisión, coleccionista de maridos y escándalos, un tipo alto y delgado, con apariencia de jugador profesional y, por último, una buena moza, de ojos glaucos y cabellos de bronce, que daba la sensación de ser una eficiente secretaria o acaso directora de una oficina comercial de regular importancia. Una fauna humana de lo más variado, resumió al cabo, cuando ya tomaba el ascensor que le conducía a la escotilla de acceso a la nave.

En el momento en que el ascensorista se disponía a cerrar la puerta del aparato, un hombrecillo menudo y enteco, con unas gafas casi tan grandes como su cara ratonil, corrió desatado hacia ellos, sujetándose el sombrero con una mano.

—¡Por favor, por favor! —gritó, con una vocecilla feble y ridícula—. ¡No me dejen en tierra, es muy importante para mí viajar en esta nave!

El hombrecillo, de cuya mano izquierda pendía una gran cartera de cuero oscuro, se metió de un salto en el ascensor. Jadeaba y su frente estaba cubierta de minúsculas gotas de sudor.

—¡Uf! ¡Qué suerte he tenido! —exclamó, dirigiendo una sonrisa de disculpa a los seis u ocho ocupantes del ascensor—. Si llego medio minuto más tarde, pierdo el viaje... ¡y es tan importante para mí! Perdonen que no me haya presentado con las prisas. Soy el ingeniero Atu-Nai. Vamos a convivir juntos unas cuantas semanas y creo que debiéramos empezar a conocernos ya. ¿No les parece a ustedes?

Algunos de los viajeros dieron su nombre. Dos de ellos eran recién casados, que no estaban más que para mirarse a los ojos y contemplarse mutuamente.

La chica de los cabellos de bronce dijo que se llamaba Aminta Zakhar.

—Penn Guilford —se presentó el joven cuando le llegó el turno.

—¡Guilford! —exclamó Atu-Nai, vivamente sorprendido—. ¿Hijo de Abner Guilford?

El joven se quedó helado. ¿Qué contestar? Ostentaba la identidad del periodista del «News Times» y conocía algunos de los aspectos de su vida,

pero nadie le había hablado de sus padres. ¿Quién diablos había cometido semejante desliz?

—No —contestó al cabo—. Se trata de una mera coincidencia de apellidos, señor Atu-Nai.

—¡Pues es mucha coincidencia! —exclamó el ingeniero—. Mi amigo Abner tuvo un hijo, que ahora debe de tener su edad, más o menos, y le bautizó de una manera un tanto extraña: Pennsilvanius Guilford —añadió.

CAPÍTULO III



AHLVORSON le había prometido informes del ingeniero Atu-Nai, pero los días pasaban y los informes no llegaban. Guilford se preguntó de qué modo se realizaría el enlace entre su aparato de radio y la central del SIS. Algún mecanismo instalado subrepticiamente a bordo de la «Fraternity VI», no podía ser de otra manera. Acaso el capitán estaba enterado de tal «enlace» o quizás el oficial de comunicaciones. De todas formas, con la SIS uno no estaba nunca seguro de nada, y en ocasiones, ni de sí mismo.

Atu-Nai, por otra parte, se estaba convirtiendo en un personaje importante dentro de la nave. Era amable, dicharachero y para todo el mundo tenía la frase justa en el momento adecuado. Gozaba de las simpatías generales y, pese a su esmirriada figura, tenía un gran éxito entre las mujeres, salvo, acaso, con Aminta Zakhar, a quien Guilford veía casi siempre con talante grave y reservado.

El detector del costado no le había vuelto a molestar, prueba de que a bordo nadie pensaba por el momento en la SIS, lo cual no significaba que no hubiese un agente de la organización o de los terroristas. Pero casi todos se preocupaban más que nada de pasar el tiempo lo mejor posible; aunque el espacio de la nave era relativamente amplio, los movimientos de los pasajeros, a la fuerza, tenían que resultar más restringidos que en un transatlántico de lujo.

En cambio, uno de los pasajeros que más llamaron su atención era un tal Erno Ludvist, un sujeto de regular estatura y talante fúnebre, apenas relacionado con los demás. Por lo general, permanecía en el mirador de la nave o bien en el pequeño saloncito de lectura de la bien provista biblioteca de a bordo. Una o dos veces, Guilford trató de establecer conversación, para sondearle un poco, pero Ludvist le hizo desistir con unas firmes y corteses respuestas con las cuales daba a entender que no tenía ganas de entablar amistad con nadie.

«Todo lo contrario que Atu-Nai», se dijo, mirando al ingeniero, que se hallaba en el centro de un corro de jóvenes que reían sus gracias estrepitosamente. «No puede ser un agente de los independentistas; se hace demasiado conspicuo», decidió al cabo.

Dos semanas más tarde, el jefe le llamó de pronto.

—Ingeniero Atu-Nai es auténtico. No hay razón para sospechar de él.

—Conforme. Ahora quiero informes de un tal Erno Ludvist —hizo su descripción física y dio cuantos detalles había captado acerca del sujeto—. No me parece trigo limpio, jefe.

—O.K. Le llamaré apenas tenga datos concretos sobre el individuo.

—¡Un momento, general! ¿Qué hay de Jones y García? ¿Dijeron algo?

—Sí. Conseguimos averiguar que pertenecen al movimiento independentista, pero eran simples agentes. Desconocen identidad del señor Ghost.

«Estamos igual que al principio», resumió Guilford de mal talante. Y, como de costumbre, corrió en busca de aspirinas. «Mal rayo para el inventor de semejantes aparatos y a los cirujanos que los insertan.»

Transcurrió otra semana más sin grandes novedades. La nave había recorrido ya los dos tercios de su viaje y todavía quedaba un mes largo de orbitar a través del espacio. ¿Pasaría algo mientras tanto?

Ocurrió diez días más tarde. El detector del costado le pinchó de súbito.

Miró en torno suyo. ¿Quién de todos los pasajeros que le rodeaban pensaba en aquellos instantes en la SIS?

¿El misionero? ¿El tahúr profesional?

¿El bonzo budista? ¿Alguna de las chicas alegres?

Tal vez el jovial ingeniero Atu-Nai. O quizás algún tripulante.

¿Y Aminta Zakhar? ¿Por qué no el jefe de camareros?

Una voz desconocida percutió de pronto dentro de su cerebro.

—BF101, acuda después de la medianoche al mirador de la astronave. No deje de hacerlo y vigile atentamente; hay a bordo alguien empeñado en hacerle desaparecer. Eso es todo. Corto.

La voz se extinguió enseguida. Mahlvorson le había dicho que tendría ayuda en caso necesario. ¿Había llegado el momento oportuno?

* * *

El mirador de la astronave era una cúpula encristalada, de forma semiesférica que sólo se hacía surgir al exterior cuando el aparato volaba ya en el vacío. Estaba instalado en la parte superior y anterior de la astronave y desde allí se disfrutaba de una maravillosa visión panorámica del espacio circundante.

A Guilford se le hizo el tiempo interminable hasta que llegó la hora de acudir a la cita. Entonces, saliendo subrepticiamente de su cámara, caminó a lo largo del corredor del departamento de pasajeros, atravesó el salón comedor y ascendió por la angosta y empinada escalera que conducía al mirador.

La entrada quedaba, por tanto, al nivel del suelo. Asomó la cabeza con precaución, antes de cubrir los últimos peldaños y miró a derecha e izquierda.

La oscuridad era absoluta; en el mirador sólo penetraba la luz de los astros. Había lámparas, en efecto, pero en condiciones normales no se encendían, a

fin de evitar perniciosos deslumbramientos que hubiesen impedido la contemplación del paisaje celeste. En tales condiciones, el joven no pudo distinguir a nadie por el momento dentro del mirador.

Subió tres o cuatro escalones más. Entonces, una voz suave dijo:

—Adelante, sin miedo, señor Guilford.

El joven terminó de remontar los peldaños. Precavidamente, sin embargo, tenía el brazo derecho dispuesto a dejar partir las agujas anestésicas en caso de que intentasen algo contra él.

Avanzó varios pasos. Entonces vio la silueta de una persona sentada en uno de los divanes que había para descanso de los viajeros mientras gozaban del paisaje estelar.

Sus pupilas ya se habían habituado a las tinieblas. Asombrado, reconoció a la autora de la llamada.

—¡Aminta Zakhar! —exclamó.

—La misma —ella sonrió—. Siéntese a mi lado, señor Guilford, y no grite tanto; le he citado aquí para sostener una conversación de tipo confidencial.

Guilford obedeció. Aminta era apenas visible merced a las ropas que vestía, de color oscuro. Sólo el blanco óvalo de su rostro destacaba un poco en la penumbra de la estancia.

—El jefe me ha enviado para ayudarle —manifestó la chica—. No me hubiese dejado ver, a no ser porque lo ha considerado imprescindible.

—¿Ocurre algo de particular? —inquirió él.

No cabía dudar de Aminta; la señal radiocraneal de identificación disipaba cualquier sospecha al respecto.

—Sí. Mucho. Más de lo que yo misma hubiese esperado encontrar en este viaje. Vaya con cuidado y asómese al otro lado del diván de enfrente, señor Guilford.

El joven la miró, muy extrañado. Después de unos segundos de duda, se puso en pie y se acercó al diván que se hallaba situado frente por frente al que ellos ocupaban. Aún había dos más, en distintos ángulos del mirador, a fin de permitir una más cómoda visión de las distintas zonas del firmamento.

—Mire por encima del respaldo —advirtió ella en tono suave—. Encienda un fósforo durante un segundo y apáguelo enseguida.

Guilford hizo lo que le decían. Instantes más tarde, se veía obligado a contener una interjección de asombro.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó, regresando junto a la chica.

—Está muerto —manifestó Aminta sin inmutarse.

—¿Quién lo ha matado?

—Yo.

Hubo una pausa de silencio. La voz de Aminta no había cambiado de matiz en absoluto al efectuar tan asombrosa confesión.

—¿Usted?

—Sí. Se trataba de un caso de él o yo. De no haber andado más lista, ahora estaría yo ocupando su puesto, señor Guilford.

—Entonces, ¿Erno Ludvist sabía que usted...?

—Supongo. Se me echó encima sin previo aviso. Pretendía utilizar el anticuado método del puñal. Efectivo y silencioso, pero sucio.

—¿Cuál fue su método, señorita Zakhar?

—Un proyectil de cianuro soluble. También llevo en el antebrazo un aparatito idéntico al suyo, señor Guilford. Pero mis proyectiles son mortales, no anestésicos.

Guilford sintió que la cabeza le daba vueltas.

—No entiendo. ¿Sabía Ludvist que usted pertenece a la SIS?

—Es de suponer que sí. De lo contrario, hubiese tratado de besarme, ¿no cree? Todavía me parece ser algo atractiva, al menos, eso es lo que dice el espejo.

Guilford hizo caso omiso de la ironía de la chica.

—¿Cómo supo que usted es un miembro de la SIS?

—Me imagino que su organización tiene un buen servicio de información, eso es todo.

—¿Saben que yo pertenezco a la SIS? Me refiero a los posibles cómplices de Ludvist que puedan hallarse a bordo de la astronave —dijo el joven.

—Creo que no. A mi entender, por ahora soy yo la única que han localizado. Usted queda fuera de juego, al menos hasta que lleguemos a Galilea.

—Entiendo —murmuró él muy pensativo—. Bien, ¿qué era lo que tenía que decirme?

—Sólo una cosa —respondió Aminta—. Cuando llegue a Galilea, vaya al «Wally's».

—¿El «Wally's»? —repitió Guilford, asombrado—. ¿Qué es eso?

—Un infecto tugurio situado en el Barrio Extremo Cuatro —Aminta se puso en pie y se alteó la falda sobre las caderas—. Eso es todo, señor Guilford.

—¡Espere un momento!—pidió Guilford con vehemencia, incorporándose también—. Necesito más detalles...

—¿Qué detalles? —preguntó ella con impaciencia.

—Pues... naturalmente, saber si hay más cómplices de Ludvist a bordo... si sospecha de algún otro pasajero, qué informes ha podido obtener...

—Ya le he dicho cuanto sabía, señor Guilford. Ahora, deje que me vaya; no conviene que nos vean juntos en absoluto —declaró ella con frialdad.

—¿Y el cadáver?

—Lo encontrarán, naturalmente. Pero la aguja de cianuro es soluble y no deja rastros. Por supuesto, el médico de a bordo encontrará que ha muerto envenenado, pero dictaminará que se trata de un suicidio.

—Si Ludvist tenía más cómplices a bordo, usted seguirá corriendo un grave peligro, señorita Zakhar —arguyó el joven.

—Para eso me han enviado aquí —contestó ella con tranquilidad—, para actuar de pararrayos suyo, señor Guilford. Atacándome a mí, le dejarán a

usted tranquilo.

—Eso es algo que dudo muchísimo, señorita Zakhar.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Jones y García. Es decir, si conoce usted...

—Sí. Lo sé. Pero no se preocupe por ellos. Están en libertad.

—¡En libertad! —repitió Guilford explosivamente.

—Pero previamente acondicionados —sonrió la muchacha—. Los informes que dieron de usted a su organización resultaron inmejorables. Eso es todo. Buenas noches, señor Guilford.

La joven se marchó, dejándolo solo y lleno de una tremenda perplejidad. ¿Era posible que el jefe fuese tan despiadado como para enviar un agente «visible», el cual debía sacrificarse para que él pudiera cumplir su misión sin estorbos ni injerencias de ninguna clase?

En el servicio se veían muchas cosas extrañas. Sin embargo, aquélla superaba a todas. El joven veía difícil que, si salía con vida de aquella misión, volvería a serle asignada otra más peliaguda.

En silencio se retiró a su habitación. Aquella noche tardó muchísimo en dormirse.

Tal como había anunciado Aminta, la muerte de Ludvist fue dictaminada como suicidio. El cadáver fue enterrado en un tubo de metal que, debidamente sellado, lanzaron al espacio en dirección a Marte, con una velocidad orbital un tanto superior a la de la astronave. Cuando el tubo alcanzase la atmósfera del Cuarto planeta, se incendiaría por el roce, convirtiéndose en pavesas con su contenido. Así lo disponía la ley y el comandante de la «Fraternity VI» se atuvo a ella.

Transcurrió otra semana. Los sentidos del joven se hallaban hiperestesiados después de lo ocurrido y su mirada se movía inquieta por todas partes, tratando de hallar algún sospechoso entre el pasaje y la tripulación.

Dos días más tarde, al levantar su servilleta a la hora de la comida, encontró un mensaje grabado sobre una pequeña tira de papel.

> *Contenga sus nervios. Deje de mirar a todo el mundo con ese aire de detective barato o echará las cosas a perder. No use el transmisor radiocraneal; creo que "ellos" han descubierto un interferidor de ondas y, si no pueden captar nuestros mensajes, al menos podrían detectarnos.*

La sobriedad del mensaje era altamente elocuente. Apenas lo hubo leído por segunda vez, la tinta se desvaneció y el papel se convirtió en una especie de polvo blanquecino que Guilford disipó con un par de disimulados movimientos de la blanca y suave servilleta.

La nota de la chica relajó su tensión. Posiblemente no había más cómplices de Ludvist a bordo y, tal vez por la advertencia que ella le formulaba, Mahlvorson se había abstenido de remitirle los informes acerca del agente

enemigo muerto.

Pero al día siguiente, los megáfonos de a bordo dieron una sorprendente noticia:

—Damas y caballeros —anunció el capitán de la nave—. Me veo en la triste obligación de participarles una lamentable noticia, por segunda vez en nuestro viaje. Esta noche, mientras dormía apaciblemente en su camarote, una de nuestras más encantadoras pasajeras, la señorita Aminta Zakhar, ha fallecido, a causa de un colapso cardíaco, según ha diagnosticado el médico de a bordo. Las exequias se celebrarán dentro de dos horas.

Guilford hubo de necesitar toda su fuerza de voluntad para no delatarse. Parecíale imposible que una mujer tan llena de vida como Aminta Zakhar hubiese dejado de existir.

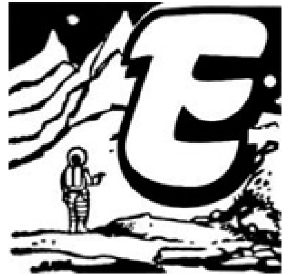
¿Colapso cardíaco?

Absurdo. Los independentistas marcianos se habían cobrado la deuda por la muerte de Ludvist, simplemente. También ellos debían de conocer métodos eficaces y discretos para eliminar a una persona. El ataque al corazón habría sido simulado, aunque con la suficiente habilidad para engañar al médico de la nave. Aminta lo había dicho bien claro: Estaba destinada a ser su pararrayos... lo que había sucedido era que un pararrayos normal podía soportar cientos de descargas impunemente, en tanto que ella había sido destruida a la primera. En su fuero interno, juró fiera venganza contra los asesinos de la joven.

Asistió más tarde a las exequias, como la mayoría de los pasajeros y tripulantes francos de servicio. El misionero rezó unas oraciones; a continuación, el cuerpo de la joven fue introducido en el torpedo espacial destinado a quemarse en la atmósfera marciana.

Un segundo antes de que la tapa fuera cerrada, Guilford contempló por última vez el hermoso rostro de Aminta Zakhar. Sólo le cupo el triste consuelo de que en sus postreros instantes no había padecido en absoluto, tal se desprendía de la serena expresión de paz que aparecía impresa en las bellas facciones de la muerta.

CAPÍTULO IV



RA Hans Pletz un tipo robusto, sanguíneo, de pelo como cerdas de erizo y ojos diminutos y perspicaces, que parecían sendos tubos catódicos de rayos X. La voz que brotaba de sus poderosos pulmones estaba proporcionada a su recia estructura, aunque sus conceptos, según estimó Guilford, eran más bien anticuados y con el defecto de ser expresados más bien para uso propio que de los lectores del «News Times». En conjunto, a pesar de todo, la entrevista resultó muy interesante y el joven salió verdaderamente complacido del despacho del financiero.

Regresó al hotel en que se hospedaba y se situó ante la máquina de escribir automática, a la cual confió las notas de la entrevista. Una vez hubo terminado, repasó lo escrito por la máquina y, tras algunas correcciones, lo puso en limpio.

Dobló los papeles y se los guardó en el bolsillo.

Abandonó el hotel y se dirigió a la Central de Transmisiones, en la que entregó las hojas, a fin de que obtuvieran las copias fotostáticas, que luego serían espaciografiadas a la Tierra. Pensó, haciendo una mueca, que el auténtico Guilford debía de estar tomándose unas magníficas vacaciones a cuenta suya... y sin correr el menor riesgo, resumió con amargura.

Como todas las ciudades del Cuarto planeta, Galilea estaba construida a base de cúpulas, sostenidas por una atmósfera equivalente a la de dos mil metros de altitud terrestre, enlazadas entre sí por unas amplias esclusas, que podían cerrarse automáticamente, en caso de accidente en alguna de las cúpulas.

No había automóviles particulares, salvo unos cuantos destinados a altos funcionarios. El transporte se hacía por medio de vehículos colectivos, que consistían en una plataforma con bancos y ruedas, pilotada por un conductor que manejaba los mandos de arranque y freno. Dada la excelente temperatura media de la ciudad —22° C— y la total ausencia de fenómenos meteorológicos, salvo el de la imprescindible renovación de la atmósfera, los «marciabuses», llamados así por algún chusco, eran descubiertos.

También se viajaba en ellos sin pagar. Los habitantes de la ciudad abonaban un impuesto anual por transportes, impuesto que era percibido a los

residentes accidentales en proporción a los días de estancia que manifestaban iban a pasar en la ciudad. Bastaba situarse en una parada y tomar el «marciabús» que a uno le conviniera, para ser transportado al lugar deseado.

Por supuesto, antes de su partida, Guilford se había estudiado a conciencia el plano de Galilea. Después de dejar la Central de Transmisiones, buscó la parada adecuada a sus fines y esperó la llegada del vehículo correspondiente.

El «marciabús» se detuvo. Bajaron unos cuantos y subieron tres o cuatro viajeros. El conductor arrancó en el acto.

Guilford contempló la ciudad a medida que el artefacto rodaba por las calles galileas. Había numerosos sectores verdes, en los que las plantas crecían con mayor profusión y fuerza que en la Tierra, debido a la menor gravedad del suelo marciano. Jardineros competentes cuidaban de evitar que alcanzasen una altura exagerada y los abundantes espacios de vegetación colaboraban de forma en la renovación de la atmósfera interna de las cúpulas.

El «marciabús» terminaba su trayecto justo en el Barrio Extremo Cuatro, una zona de la ciudad dedicada a viviendas en su casi totalidad. Guilford pensó que podría haberse aprovechado la experiencia de cinco mil años de civilización terrestre, para hacer bien las cosas, pero no había sido así. En el Barrio Extremo Cuatro, los edificios estaban netamente diferenciados de los de los distintos barrios de la ciudad, en especial los centrales. Aquel barrio era un clásico suburbio, aunque, por fortuna, limpio y con los necesarios sectores con vegetación. Pero las casas eran mucho peores que las que había visto hasta ahora.

Caminó un poco al albur, sin querer preguntar a nadie por el «Wally's, a fin de pasar inadvertido.

Sólo había hablado una vez con Aminta, pero aún le dolía la muerte de la chica. La vengaría, se prometió a sí mismo, cuadrando las mandíbulas con un gesto instintivo de furor.

Anochecía ya. Una lenta disminución en la claridad externa le indicó que el día marciano estaba a punto de concluir. Ya se encendían los faroles de las esquinas. De pronto, un neón rojo osciló varias veces antes de estabilizarse. Las seis letras del lugar que buscaba titilaron delante de sus ojos.

Se acercó a la puerta y atisbo un poco hacia el interior. Había cinco o seis tripulantes de cargueros espaciales, tres soldados, media docena de civiles y otras tantas «rosas de salón», estratégicamente distribuidos todos entre las mesas y el mostrador. Al fondo, un gran aparato de televisión transmitía, en directo, un Gran Premio automovilista de la Tierra. Sólo cuatro o cinco clientes seguían con cierta atención las evoluciones de los coches de carreras.

El mostrador estaba atendido por un sujeto calvo, cincuentón y propenso a la obesidad, y una mujer de algunos años menos, rolliza y pechugona, que pacía ser su esposa. Debía de ser un negocio familiar, pensó, mientras empujaba la puerta.

Sus ropas no se distinguían en nada de las de un ciudadano corriente de Marte. Cruzó el salón y se acercó al mostrador. La mujer le miró con gesto

inquisitivo.

—Cerveza —pidió.

—Al momento, señor.

Mientras bebía poco a poco el dorado líquido, se preguntó si habría algún espía entre los clientes del bar. Eran una gente despiadada, harto había tenido ocasión de comprobarlo. Tendría que mantenerse siempre con los ojos muy abiertos si no quería terminar con un cuchillo entre los omóplatos, real o metafóricamente hablando, tanto daba.

De pronto sintió el ya clásico pinchazo en el costado. Alguien pensaba en la SIS, dentro del «Wally's». Se preguntó quién podría ser el sujeto.

Fumó un cigarrillo con tranquilidad, mientras dejaba pasar el rato. Divisó a un hombre menudo y enteco, que le recordó, por su aspecto, al ingeniero Atu-Nai. Luego vio a un oriental de su estatura más o menos, pero tan ancho como alto y que daba la sensación de poseer las fuerzas correspondientes a seis hombres; parecía un hércules de circo y se dijo que, en caso de pelea, sería el peor enemigo con quien pudiera encontrarse.

También se fijó en una de las damas alegres que le miraba con cierta insistencia, una rubia platinada de ojos ligeramente estrábicos, cuyos dedos tamborileaban casi sin cesar sobre la superficie de la mesa. Pensó si la profesional estaba haciéndole señas en morse y estudió durante unos segundos los movimientos de los dedos. No, no era morse...

Una voz interrumpió de pronto sus reflexiones.

—¿Me das fuego, buen mozo?

Se volvió para mirar a la mujer que le había hablado, una opulenta morena, de pelo negrísimo y formas sensuales, vestida con un ajustadísimo vestido rojo que parecía ir a estallar en cualquier momento, sin mangas y con un amplio escote en V que permitía ver el comienzo de unos encantos de indudable morbidez. Sostenía en sus dedos, de uñas pintadas de violeta, un largo cigarrillo de larga boquilla y en su boca, de labios muy pintarrajeados, se advertía una sonrisa por completo profesional.

—Con mucho gusto —contestó, sonriendo también—. Soy Penn Guilford.

Ella aspiró el humo, inclinándose hacia delante al encender el cigarrillo con objeto de aumentar el campo de visión de sus gracias corporales.

—Yo soy Rosa Lex —dijo al enderezarse—. ¿Estás solo?

—Digamos que hasta hace unos segundos, Rosa.

—¿Qué haces en Galilea?

—Periodismo. Color local. Crónicas de algo que los terrestres ya saben a la perfección, pero que esperan que otro periodista se lo diga de distinta manera al anterior.

—Entonces, les agradará la descripción de este antro —dijo Rosa—. Porque supongo que recargarás las tintas.

—Sólo lo justo —sonrió él.

—¿A qué periódico representas?

—Al «News Times». Es una revista semanal... Pero, aguarda; no te he

invitado. ¿Qué tomas, Rosa?

La chica se volvió hacia la mujer que estaba al otro lado de la barra.

—Claudia, ponme un doble del país.

—Al momento, Rosa —contestó la encargada.

—¿Qué es un doble del país? —preguntó él, curioso.

—Aguardiente extraído del vino de las vides marcianas y muy bueno. ¿No lo quieres probar? ¡Claudia —pidió Rosa antes de que Guilford pudiera negarse—, pon otro doble para mi amigo!

Les sirvieron dos copas llenas de un líquido amarillento pero muy transparente. Rosa tomó la suya y la levantó un instante.

—¡Por tus reportajes!

—Por tus ojos —contestó él. Los tenía negros y muy bonitos.

Se echó al coleto el contenido de la copa, de un solo golpe. Cuando el licor hubo llegado a su estómago, creyó que le había explotado una bomba de mano en el interior de la víscera, tal fue la reacción producida por el licor.

—¡Cielos! —exclamó, cuando hubo recobrado el aliento—. ¿Qué es esto?

—Un doble del país, ya lo ves —sonrió Rosa, a quien el fortísimo licor no parecía haber afectado apenas—. ¿Repetimos?

—¡No, por Dios! —él extendió las manos—. Con uno tengo más que suficiente. Aunque no por ello dejaré de citarlo en mis crónicas.

—Pero no a mí —pidió ella—. No tengo ganas de líos con la policía, ¿sabes? Por menos de nada te deportan de Marte y...

En aquel momento sonó una voz de mujer.

—¡Eh, Rosa, ven aquí; te estamos esperando!

Era la rubia platinada, la cual estaba en una mesa, junto con tres o cuatro sujetos, entre ellos el oriental con aspecto de hércules de feria.

—Ahora no puedo —contestó la morena—. Estoy hablando con este amigo.

El hércules se puso en pie de pronto.

—Estabas conmigo —gruñó en tono irritado—. ¿Por qué te has marchado?

—Este chico me gusta más que tú, Shang —contestó Rosa sin amilanarse.

Shang se colocó frente a los dos, apoyando ambas manos en sus enormes caderas.

—Vamos, Rosa, no me gusta repetir las cosas dos veces. Deja a este lechuguino y vente con nosotros. Mitty está contando unos chistes muy divertidos.

—Ya —contestó la chica, curvando los labios hacia abajo en una mueca de desdén—. Seguro que os está contando el del viajante de comercio que vuelve a su casa antes de tiempo, ¿no? —Rosa hizo un gesto de hastío—. Se lo he oído ya como medio millar de veces.

La mano derecha del hércules se disparó de pronto hacia el brazo de Rosa, atrapándolo con fuerza.

—Cuando Shang dice una cosa, no le gusta repetirla —insistió—. Vamos.

—¡Penn! —exclamó la chica—. Defiéndeme. No dejes que este cetáceo

me arrastre consigo.

Guilford vaciló. En modo alguno quería verse envuelto en una pelea tabernaria, máxime cuando su detector le había indicado que allí dentro había gente enemiga. Pero antes de que tuviera tiempo de tomar una decisión, Shang soltó a la chica y se enfrentó con él.

—Conque metiéndote en lo que no te llaman, ¿eh? —exclamó, furioso.

Y, sin previo aviso, disparó un puño gigantesco contra el rostro de Guilford.

CAPÍTULO V



L incidente había sido provocado. De ello no le cabía la menor duda.

Posiblemente, por la misma Rosa, cuya negativa proporcionaba al hércules un buen pretexto para golpearle. Guilford hubiera caído sin sentido en el acto, de no haberse movido con suma presteza, esquivando el terrorífico puñetazo, que poseía la potencia de una coz de mula.

Disparó su puño izquierdo, pero chocó contra una dura masa de músculos, sólidos como el acero. Shang se limitó a emitir un fuerte resoplido, sin acusar los efectos del golpe.

Guilford se vio perdido. Ya sonaban los primeros gritos. Shang podía matarle de un puñetazo. Le resultaría fácil defenderse más adelante ante un tribunal. Una pelea de taberna siempre tenía más justificación que un asesinato premeditado.

Entonces, antes de que Shang, quien, pese a su fuerza innegable, era bastante más torpe que él, pudiera aprestarse de nuevo a la carga, disparó su puño derecho contra el tórax de su enemigo.

Apenas si le rozó con los nudillos. Pero Shang se desplomó como una masa inerte, fulminado por los efectos del proyectil anestésico, que Guilford había disparado al mismo tiempo que alargaba el brazo, fingiendo golpear de nuevo al hércules que le provocara.

La caída de Shang produjo un sentimiento general de estupor. Ninguno de los presentes podía suponer otra cosa que lo que estaban viendo: el forastero había dejado a Shang sin conocimiento al segundo puñetazo.

Entonces, otro sujeto de los que estaban en la misma mesa, se puso en pie y se abalanzó hacia el joven.

—¡Nadie derriba a mi amigo Shang sin vérselas conmigo! —gritó.

Era un hombre joven, alto y delgado, no débil precisamente, pero lo que más impresionó a Guilford fue la maligna expresión de sus acuosas pupilas. El tipo se le echó encima, sólo para correr la misma suerte que Shang unos segundos más tarde.

Las chicas chillaron. Sonaron gritos y blasfemias. Alguien arrojó una silla contra Guilford. El joven se agachó y el mueble fue a estrellarse contra el aparador lleno de botellas con gran estruendo. El dueño del bar empezó a

protestar.

La pelea se generalizó en un santiamén. Lo malo para Guilford era que no tenía tiempo de recargar el lanzador de dardos anestésicos. Ahora era cuando de verdad debía utilizar los puños.

De repente, se apagó la luz. La oscuridad contribuyó al aumento instantáneo de la tremenda confusión que reinaba en el «Wally's». Guilford empezó a maldecir la idea de seguir el consejo de la difunta Aminta Zakhar.

De pronto, cuando el escándalo era mayor, una mano se cogió a la suya.

—Ven —dijo la voz de Rosa Lex a su oído—. Yo te sacaré de aquí.

Los agentes secretos también usaban el instinto a veces. El de Guilford le dijo que debía fiarse de la chica.

Abandonaron el salón y pasaron a los lavabos de señoras. Ella le guiaba sin un fallo, perfecta conocedora del terreno, al parecer. Abrieron una ventana y salieron a la calle, justo en el momento en que ya se escuchaba el sonido de una sirena policíaca.

—¡A correr! —gritó Rosa.

Guilford no se lo hizo repetir dos veces.

* * *

Rosa Lex manejó el interruptor y la estancia se iluminó en el acto.

—Pasa y cierra, Penn —dijo.

El joven obedeció. Un rápido vistazo a la habitación le indicó su modestia ornamental: una mesita baja, dos sillas, un amplio diván y un par de cuadros baratos, reproducciones de otros famosos. Al otro lado había una puertecita que comunicaba con el resto del piso.

—Siéntate y prepara dos bebidas —dijo Rosa—. Regreso enseguida.

Guilford abrió el aparador. Necesitaba un buen trago, en efecto. No era un sujeto dado a dramatizar, pero saltaba a la vista que la muerte le había rozado con sus negras alas. En medio del tumulto, nada más fácil para sus enemigos que meterle un cuchillo entre sus costillas. No creía probable que le conociesen como agente declarado del SIS; lo que sucedía, en su opinión, era que sospechaban de todos y, para unos extremistas como aquéllos, era preferible un inocente muerto a cien sospechosos vivos.

Rosa volvió a poco, enfundado su cuerpo en una bata de pobre confección. Aceptó la copa y le miró, sonriendo abiertamente.

Guilford frunció el ceño. Algo había cambiado en el rostro de la chica. No podía adivinarlo de momento, pero le parecía una mujer muy distinta de la que había conocido en el «Wally's».

—¿Por qué me miras con tanta fijeza? —sonrió la chica—. ¿Es que tengo algo extraño en la cara?

—De eso se trata —convino él—. Tus facciones me recuerdan a las de una persona conocida, pero no acabo de situarla en mi memoria.

Ella se sentó en el diván con indolencia, escondiendo las piernas bajo el cuerpo.

—Tal vez —dijo con lentitud— te recuerdan las de Aminta Zakhar.

Un denso silencio gravitó de repente sobre la estancia. Guilford sintió que las piernas le flaqueaban y hubo de sentarse en el diván para no caer redondo al suelo.

—¡Dios mío! —murmuró en voz baja—. Tú... viva... Eso... es imposible... Vi cómo te encerraban en la cápsula y te lanzaban al espacio...

El abundante maquillaje había desaparecido del rostro de la chica. Sus pestañas carecían ahora de la espesa capa de *rimmel* que las había cubierto casi por completo y sus párpados ya no eran verdes, sino de color natural. Asimismo los labios aparecían frescos y jugosos, sin el carmín que los había enmascarado hasta entonces. Sólo un detalle permanecía inmutable: el color oscuro de las centelleantes pupilas.

—Lentillas de contacto —explicó ella—. Seguiré llevándolas mientras desempeñe el papel de Rosa Lex. Y habré de resignarme también a ostentar esta frondosa cabellera negra.

El abundante pelo de la joven caía libre y suelto sobre sus hombros, contrastando con el cuidadoso peinado que siempre había llevado cuando sus cabellos poseían el color bronceado que le era natural.

—Tu aspecto cambia así por completo —dijo él, esforzándose por rehacerse del asombro que sentía—. Nadie sabría reconocerte con un disfraz tan perfecto, Aminta, te lo aseguro.

—Gracias —sonrió ella—. Pero tómate la copa. Después de ver a un fantasma, creo que la estás necesitando.

Guilford despachó el licor de un golpe. Esta vez, el aguardiente del país no le causó el mismo efecto que la vez primera.

—Explícate, Aminta —pidió con ansiedad—. ¿Por qué lo hiciste?

—Para despistar a los agentes enemigos —respondió la chica— y, al mismo tiempo, para evitar que me matasen.

—¿Y dejaste que te lanzaran al espacio?

Aminta sonrió con malicia.

—Aquella noche, mientras el pasaje dormía, el capitán ordenó la recogida del tubo sellado, en el cual había oxígeno, naturalmente.

—Pero parecías muerta.

—Un estado de seudocatalepsia provocado por el médico de a bordo.

Guilford no podía creer aún en lo que estaba viendo.

—¿Cómo te las arreglaste para desembarcar sin ser vista?

—Dentro de una caja de embalaje. Esperé a la noche...

—Pero tú parecías ser muy conocida en el «Wally’s», una habitual de... Perdona —dijo él, abochornado.

—No tiene importancia —sonrió Aminta—. Ocupé el puesto de Rosa Lex, otra de nuestras agentes. Somos bastante parecidas y, bueno, ya sabes que la cara de una mujer, hoy día, puede cambiar con suma facilidad. Bajo otro nombre, Rosa Lex está viajando ahora hacia la Tierra, después de haberme suministrado algunos informes preciosos.

—Entonces, no sé qué papel pinto yo aquí —gruñó el joven malhumorado—. Todo lo estás haciendo tú y...

—Espera, ya llegará tu hora. Por el momento, es conveniente que todo siga como está.

—¡Pero ellos sospechan de mí como agente de la SIS! Y si no, ¿por qué demonios me atacaron?

—Sospechan, pero no tienen certeza en modo alguno. Hasta ahora, lo estás haciendo muy bien. Tus reportajes están teniendo un gran éxito allá abajo —«Allá abajo» era la Tierra—. Sigue así hasta que yo te diga.

—¿Piensas volver al «Wally's»? El hércules te apaleará apenas te ponga el ojo encima.

Aminta le guiñó un ojo con picardía.

—Bailaría descalzo sobre un suelo de brasas si yo se lo pidiera, Penn. Bastará que le haga un par de carantoñas para que se olvide de todo.

—Está bien —suspiró él, resignado—. Dime ahora qué has averiguado.

—Algo bastante interesante, Penn. El tipo peligroso no es Shang, sino el que te atacó en segundo lugar, Steve Lorries. Ése es el verdadero agente del enemigo y es a él a quien debemos interrogar dentro de unos días.

—¿Cuándo?

—Tengo idea de que los independentistas se van a reunir en un lugar secreto en un plazo muy breve, no mayor de una semana. Posiblemente, se les explicará los efectos del arma absoluta y lo que deben hacer, apoyado en el poderío de la misma, para salir de la oscuridad y presentar sus reivindicaciones. Ahora, lo que nos interesa es saber dónde y cuándo se celebrará esa reunión, pero de eso me encargaré yo. Tú continuarás desempeñando tu papel de periodista, entrevistando a las personalidades de Galilea y curioseando por la ciudad.

—¿Y tú?

—Volveré al «Wally's».

Hubo una pausa de silencio.

—¿Eso es todo? —preguntó Guilford.

—Sí. Ahora, Penn, retírate al hotel.

Guilford vaciló unos segundos. Luego se puso en pie. Ella le imitó en el acto.

—Seguirás desempeñando el papel de Rosa Lex —dijo él, haciendo una mueca.

—Sí —admitió Aminta.

—No me gusta.

Aminta sonrió.

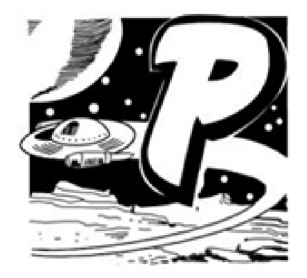
—Es sólo una ficción, Penn.

—A pesar de todo... Bueno, supongo que en esta maldita organización no hay medio de eludir ciertos trabajos. Aminta, me alegro de que no murieses —dijo, mirándola a los ojos.

Ella sonrió con levedad.

—Me gusta oírte hablar así, Penn —contestó.

CAPÍTULO VI



ASARON diez días.

Penn Guilford ya casi había agotado sus entrevistas. Ciertamente, Galilea era una de las ciudades más populosas y de mayor actividad del Cuarto planeta, pero los personajes de importancia secundaria apenas interesaban a los terrestres y el joven veía que no podía continuar desempeñando su papel por mucho tiempo.

Sin embargo, esto no era tan importante como la falta de noticias de Aminta. Incluso la anunciada reunión de extremistas le interesaba menos que la chica.

No se atrevía a ir en su busca. Debía evitar a toda costa cualquier paso en falso que pudiera delatarles a ambos.

Pero, al mismo tiempo, se sentía muy preocupado por el silencio de la chica.

De pronto descubrió que no era sólo a causa de la misión asignada por lo que se preocupaba por Aminta, sino también por algo más íntimo y personal. Y el descubrimiento, paradójicamente, lejos de alegrarle, aumentó aún más sus preocupaciones. Ahora temía no sólo por el agente del SIS sino por la mujer.

Sería horrible, mucho más que la primera vez, recibir la noticia de la desaparición definitiva de Aminta. Ahora le resultaría muchísimo más difícil de soportar.

En una o dos ocasiones estuvo tentado de dirigirse al «Wally's», pero se abstuvo. Debía tener paciencia; ella le marcaría la pauta para la acción.

Al atardecer del undécimo día después del encuentro y separación de ambos, tropezó con una persona conocida en el comedor del hotel.

—Pero, ¡si es mi buen amigo Penn Guilford! —exclamó el ingeniero Atu-Nai—. ¿Cómo le va por Galilea? ¿No encuentra extraño el tercio de gravedad marciana?

—A todo se acostumbra uno, ingeniero —sonrió el joven—. ¿Qué hace usted por aquí?

—He venido hoy para realizar unas gestiones oficiales, pero me vuelvo mañana a mi granja —contestó Atu-Nai—. Vivo a ciento sesenta millas de

Galilea.

—¿Una granja? —exclamó el joven, atónito—. Pero usted es ingeniero...

—En efecto —manifestó el aludido—. Y también dirijo una pequeña explotación minera contigua a la granja. Algo de plomo y galena argentífera, lo suficiente para ir tirando y mantener la granja. Me gusta vivir en el campo, ¿sabe?

Guilford sonrió. Atu-Nai hablaba del campo como si estuviese en la Tierra, olvidando que en torno a Galilea se extendía el desierto más terrible e inhóspito que nadie había conocido jamás, comparados con el cual, los peores de la Tierra eran frondosos vergeles.

—Bueno —concedió con una sonrisa—, es un gusto que merece la aprobación de toda persona sensata. Le felicito, ingeniero.

—Gracias, señor Guilford. ¿Qué tal sus entrevistas?

—Estoy a punto de terminar ya, señor Atu-Nai.

—Hombre, eso me da una idea. ¿Tiene usted algún compromiso para mañana?

—Pues... —Guilford vaciló. ¿Y si la chica le llamaba entre tanto?

—No se hable más —exclamó Atu-Nai—. Mañana, por la mañana, se viene a pasar el día entero conmigo a la granja. Le aseguro que las lechugas que se crían en mis terrenos poseen un sabor como no se ha conocido jamás en la Tierra. Y —le guiñó un ojo—, el grano que recolecto da un sabor a mis pollos realmente inconcebible. ¿A las seis en punto?

Guilford se rindió.

—A las seis, señor Atu-Nai —terminó por aceptar.

* * *

A las seis menos cinco dejó en el mostrador de la recepción una nota para Aminta.

> *Estoy pasando el día en la granja del señor Atu-Nai, a ciento sesenta millas al S.O. de Galilea.*

Introdujo la nota en el sobre y pasó la lengua por el filete engomado, entregándoselo acto seguido al recepcionista.

—Es para la señorita Rosa Lex —dijo—. Deben entregárselo si pregunta por mí o bien abrirlo y comunicarle su contenido, caso de que llame por visófono —puso un billete de diez solares en la mano del sujeto—. Pero sólo a ella, absolutamente personal, ¿entendido?

—Descuide usted, señor Guilford; así lo haremos —prometió el recepcionista.

Momentos después se reunía con el ingeniero. En un «marciabús» se dirigieron a una de las esclusas de aparcamiento de vehículos exteriores, destinada precisamente a tal fin, ya que los automóviles que se usaban fuera de la ciudad cupuliforme no podían transitar por el interior de la misma. Había

varias cúpulas más, todas ellas destinadas al mismo fin, las cuales estaban casi llenas de vehículos que se usaban en los trabajos que se realizaban fuera del recinto urbano.

El automóvil estaba montado sobre cuatro grandes ruedas tipo balón, que le permitían rodar casi por cualquier terreno y remontar pendientes hasta del treinta por ciento. Disponía de cabina estanca y de suplementos de oxígeno para poder caminar por el exterior, caso de que fuera necesario.

Salieron. A poco, Atu-Nai, cuya charla fluida y voluble apenas cesaba un momento, lanzó el artefacto a una velocidad cercana a las cuarenta millas horarias. Las grandes ruedas, de más de dos metros, absorbían la mayor parte de los choques, pese a lo cual resultaba inevitable un cierto balanceo que recordaba al de las embarcaciones acuáticas. Era fácil marearse cuando no se estaba acostumbrado a viajar en un tipo de vehículo semejante.

El desierto marciano se mostraba terrible en toda su desnuda e inhóspita grandeza. Abundaban los ocres, mezclados con vetas rojizas, que indicaban la presencia de óxidos de hierro, aunque de cuando en cuando se divisaba alguna faja de un verde pálido, indicadora de una débil vegetación que se esforzaba por sobrevivir en un clima hostil. El horizonte poseía una rectitud de líneas casi perfecta y el camino era una sucesión continua de curvas ascendentes y descendentes.

El tiempo pasó con cierta monotonía. Atravesaron una zona de dunas, de casi sesenta millas de anchura, un terrible erial en el que nada ni nadie podría sobrevivir, y luego pasaron a un suelo de toba volcánica, atormentado, negruzco, deprimente. Por fin, pasadas las diez de la mañana, divisaron a lo lejos un vivo destello.

—Allí está la granja.

Atu-Nai movió la cabeza, sonriendo.

—Verá usted qué diferente es el paisaje donde yo vivo. Creerá hallarse en la Tierra.

El ingeniero tenía razón. Media hora más tarde, Guilford asistía estupefacto a un espectáculo inusitado.

Al menos había una docena de cúpulas mayores, de unos treinta metros de altura por sesenta o setenta de diámetro al nivel del suelo, más otras cinco o seis de dimensiones inferiores, la mitad que las anteriores, aproximadamente. Bajo las cúpulas mayores, una densa vegetación, casi tropical, presentaba un aspecto sorprendente, de un verdor lujuriante, incomparable, que contrastaba con la espantosa aridez del desierto circundante y que, por lo mismo, hacía aquel panorama doblemente agradable a la vista.

En aquel lugar reinaba una temperatura excelente.

—Incluso, en ocasiones, necesito refrigerar el ambiente —indicó Atu-Nai, mientras guiaba al joven por la vasta propiedad—. Los procesos de combustión química, derivados del crecimiento de las plantas, acabarían por hacer insoportable la estancia bajo las cúpulas.

De pronto, llegaron a un sitio donde la vegetación, por contraste, era

menos abundante que en los otros lugares. Tratábase de una cúpula, en uno de cuyos extremos se veía un roquedal de doce o quince metros de altura, del centro del cual manaba un chorro de líquido, grueso como la muñeca de un hombre, que iba a parar a un amplio estanque en el que se recogía el agua, para ser distribuida luego, por medio de bombas y cañerías, a las restantes cúpulas de la granja.

A chorro caía desde unos cuatro o cinco metros de altura y antes de llegar al estanque, movía las paletas de una rueda de pequeño tamaño, conectada por medio de una correa sin fin a un aparato que no se veía por hallarse en el interior de una pequeña caseta de cartón piedra y techo del mismo material.

—Ésta es la más preciada de mis posesiones —declaró el ingeniero con justificado orgullo.

Ciertamente, en un planeta árido como Marte, poseer un caudal de agua que daba millares de litros por minuto, era una fortuna aún mayor que si el chorro fuese de oro puro.

—Y no sólo aprovecho el agua para el riego de mis plantas y las necesidades restantes de la granja, sino que, además, obtengo luz y energía por medio de esa turbina que ve ahí en funcionamiento. Claro está que no necesito una cantidad excesiva de energía, pero, al menos, me sirve para no precisar el empleo de otros combustibles mucho más caros y difíciles de transportar.

Guilford movió la cabeza asombrado y complacido a un tiempo. En realidad, comprendía a Atu-Nai cuando decía que le gustaba más vivir en la granja que en la ciudad.

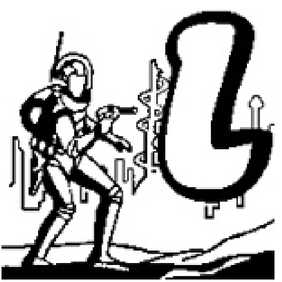
De pronto se percató de un detalle.

—A pesar de todo —objetó—, sale demasiada agua para las necesidades de la granja. Claro es que se trata de una simple apreciación mía, señor Atu-Nai; yo soy profano en la materia. Pero ¿no podría usted ampliar el sistema de cúpulas, a fin de ampliar no sólo la granja, sino también sus beneficios?

Atu-Nai lanzó un profundo suspiro.

—¡Ay, amigo mío! —exclamó con acento melancólico—. ¿Qué más querría yo? Pero las malditas trabas legales que aún existen en este planeta, procedentes de los primeros tiempos de la colonización, me lo impiden. Ya ve usted —añadió—, por culpa de un tecnicismo leguleyesco, he tenido que constreñirme al espacio que ahora ocupo y permitir que parte del líquido que mana en tanta abundancia se derrame de una forma tan estéril como absurda por el desierto. Confío —terminó Atu-Nai en tono ya más natural—, que si un día llegamos a independizarnos, se deroguen de inmediato ciertas leyes que no son sino una rémora para el progreso de la auténtica civilización marciana.

CAPÍTULO VII



A comida había sido exquisita. El vino tenía un aroma y un «bouquet» inigualables, y así se lo expresó Guilford al ingeniero.

—Tome otra copa más —sonrió Atu-Nai, inclinando la botella—. Nadie diría que este tipo «sauternes» procede de una vid marciana.

—Yo, no, desde luego —rió el joven complacido. Y tras tomar un sorbo de aquel vino fino y seco, de inigualable transparencia, añadió en tono negligente —: Yo creía que eso de la autonomía de Marte era algo más que una simple palabra.

El semblante del ingeniero se entristeció muchísimo.

—Parece como si en la Tierra tuvieran celos de nuestros progresos —comentó con acento de amargura—. Comprenda; aunque joven biológicamente, es un planeta viejo en civilización. En cambio, Marte, siendo un planeta viejo en los sentidos biológico y geológico —las pocas plantas naturales que existen son rastros miserables de la frondosa vegetación que debió de existir aquí hace centenares de siglos—, es un planeta joven en civilización... en su segunda civilización, está mejor dicho, porque la primera, sean quienes fuesen los seres inteligentes que poblaron Marte antes que nosotros, desapareció hace decenas de miles de años. Pero ahora, los terrestres que vienen a Marte y los naturales del planeta, descendientes, como es lógico, de terrestres, son gente joven todos ellos, con ánimo, con empuje, que quieren crear su propio mundo, desligándose por completo, en muchos de sus aspectos, de un sistema viejo y caduco que no sabe entendernos. En la Tierra, la gente está cansada; todo lo tiene resuelto. Aquí es preciso trabajar de firme y, a veces, diez y doce horas diarias, no como allá abajo, en donde, con unas pocas horas a la semana, se tienen resueltos todos los problemas. La Tierra es un planeta hastiado; Marte es un planeta que vuelve a la vida después, tal vez, de cincuenta o cien mil años de mudez. Ésa es la diferencia que nos separa y que proporciona a nuestra existencia tantos alicientes. Tenemos algo por qué trabajar, una meta que conseguir, un objetivo que lograr... en tanto que, en la Tierra, ya está todo resuelto. ¿Ha comprendido el alcance de mis palabras, señor Guilford?

«Como discurso de fines políticos, es magnífico», pensó el joven. «Y

técnicamente irreprochable en todos los sentidos. ¿Tendrá algo que ver Atu-Nai con los independentistas?»

—Por completo —respondió, sonriendo—. Sus palabras casi me han convencido de que debo convertirme en un ciudadano de Marte.

—Ah, no tendría que lamentarlo, señor Guilford —dijo el ingeniero—. La vida es más dura en algunos sentidos, pero, en otros, mucho más atractiva. Y aunque el clima ofrece más contrastes que el de la Tierra, la menor gravedad facilita mucho las cosas y hace que, por ejemplo, las enfermedades del corazón sean menos frecuentes, dado que esa víscera necesita realizar un trabajo menos intensivo. Además, un periodista como usted, fácilmente podría convertirse en historiador o algo por el estilo... siempre hay colocaciones adecuadas a la capacidad de cada cual.

—Tendré que estudiarlo, en efecto —convino Guilford.

Encendió un cigarrillo. Una de las cosas que más le preocupaban era el hecho de que apenas si había visto a uno o dos individuos trabajando en la granja. Atu-Nai no le había enseñado la explotación minera. ¿Era que tenía suficiente con una pareja de ayudantes para realizar todo el trabajo?

De pronto, uno de los operarios entró en el comedor. Era un hombre robusto y cuadrado, de mirada penetrante y rasgos graníticos.

—¿Señor?

—¡Hola, Yankes! —dijo el ingeniero—. ¿Ocurre algo?

El sujeto dirigió su vista hacia Guilford.

—Se trata de su amigo, señor. Acaba de recibirse un aviso urgente para él.

El joven se enderezó en el asiento.

—¿Quién me llama? —preguntó.

—La señorita Lex, señor. Ha dejado recado de que regrese cuanto antes a Galilea. Dice que tiene algo que comunicarle en relación con su próxima entrevista.

Guilford se puso en pie.

—Tendrá que dispensarme, señor Atu-Nai —rogó—. Esa entrevista es muy importante para mí y ya desesperaba de conseguirla —mintió.

—No tiene que excusarse —concedió el ingeniero con acento benigno—. Usted ya sabe manejar mi automóvil, así que tómelo y regrese a Galilea cuanto antes, dada la urgencia del mensaje.

—No sé cómo agradecérselo —dijo el joven.

Atu-Nai le palmeó la espalda.

—Olvídelo. Para mí ha sido un gran placer tenerle como huésped. Yankes, prepare el vehículo —ordenó el ingeniero.

—Sí, señor, al momento.

—Cuando llegue a Galilea, déjelo en la misma esclusa que partimos —pidió Atu-Nai—. Yo tengo otro de repuesto y el día que vaya a la ciudad, me llevaré a uno de los operarios para traérmelo.

—Hablaré de usted en el «News Times» —prometió el joven—. Será una buena propaganda para su granja, se lo aseguro. Y para su vino.

Atu-Nai sonrió.

—No está a la venta. Sólo es para los amigos —recalcó con intención.

* * *

Mientras rodaba con el vehículo a casi cincuenta millas a la hora, el joven repasó mentalmente todo cuanto había visto y escuchado durante su estancia en la granja.

No le cabía la menor duda de que Atu-Nai pertenecía al movimiento independentista. A juicio suyo, sus palabras no eran más que una máscara con la cual encubría sus verdaderos sentimientos.

Por lo que había podido escuchar, la mayoría de los marcianos opinaban igual. ¿No vivían en Marte? ¡Pues que les dejasen gobernarse como quisieran y al diablo con la Tierra!

¿Que todavía faltaban algunas cosas que, por el momento, sólo podían producirse en la Tierra? Peor vivía el hombre de la Prehistoria y, sin embargo, había sobrevivido y creado una civilización floreciente.

Sin embargo, dicha mayoría se mostraba también adversa al empleo de medios violentos para acelerar el proceso independentista. Esto era algo que debía llegar de forma inexorable, de modo que no merecía la pena consumir vidas humanas, lo cual sólo servía para exacerbar los ánimos.

Aparte de ello, todavía había quienes, en el propio Marte, eran partidarios del gobierno terrestre. Románticos quizá, retrógrados políticamente tal vez, pero sin duda también existirían en aquel grupo los necesarios exaltados para pasar a la acción si los independentistas mostraban un extremismo demasiado violento. Y en el caso, el problema se complicaría todavía más. Era preciso, por tanto, resolver la cuestión antes de que se agudizase demasiado, antes de que hubiese llegado a un punto crítico.

Se preguntó qué tendría que decirle Aminta. Masculló una interjección de rabia contra sí mismo; había sido una pésima coincidencia haber aceptado la invitación de Atu-Nai en aquel preciso día.

¡Si al menos los independentistas no hubiesen descubierto el interferidor de ondas! De este modo, la comunicación radiocraneal quedaba suprimida. En cuanto regresase a la Tierra, le diría a Mahlvorson que iniciara una cuidadosa investigación entre el personal de su departamento; los independentistas habían conseguido infiltrarse en la SIS. Y si no, ¿cómo habían llegado a conocer uno de los secretos guardados con más celo por la organización?

Era raro, por otra parte, que su detector no le hubiese pinchado el costado. No conseguía explicárselo, puesto que tenía la seguridad de que Atu-Nai era un miembro prominente de la organización subversiva.

Tal vez el propio señor Ghost.

Su profesión, la granja, su aspecto innocuo... ¿no eran disfraces excelentes para enmascarar su verdadera personalidad?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos de pronto por una repentina parada del vehículo.

Presionó el botón de arranque. Nada sucedió.

Frunció el ceño, mientras consultaba el indicador de combustible líquido. El hecho de que señalase vacío le hizo sentir un frío glacial en la espalda.

Todo vehículo semejante a aquél disponía de una potente batería para casos de emergencia, la cual podía proporcionar, en caso necesario, la energía suficiente para recorrer dos centenares de kilómetros. El amperímetro estaba a cero.

No tenía combustible, no disponía de electricidad... ¡y hacía casi una hora que estaba rodando por la zona de dunas arenosas!

Hasta donde alcanzaba su vista, en todos los sentidos, todo eran un vasto arenal, un remedo marciano del conocido panorama sahariano de la Tierra. Duna tras duna, el suelo subía y bajaba en una loca mezcolanza de baches y montículos arenosos, sobre los cuales batía un sol de relativa inclemencia, pese a la superior distancia. La temperatura externa no sería tan dura como en la Tierra, pero, pese a todo, también allí un ser humano podía morir de hambre y sed... lo mismo que en el Sahara.

Se pasó el dorso de la mano por los labios, sintiendo de repente una gran sequedad en las fauces. Si sus recuerdos eran correctos, todavía le quedaban veinticinco millas —unos cuarenta kilómetros— de zona arenosa, después de lo cual habría de recorrer el doble antes de avistar las primeras cúpulas de Galilea.

Ciento veinte kilómetros en total. Dos, tres jornadas a pie por un terreno áspero, árido, inhospitalario, sin una sombra bajo la cual cobijarse ni un abrigo para el devastador frío nocturno que podía alcanzar hasta los cincuenta grados negativos. La perspectiva no tenía nada de agradable... pero no podía elegir.

Movió el dial de la radio. Comprobó que no tenía pilas independientes, sino que estaba conectada al sistema general de electricidad del automóvil. Tampoco le quedaba, pues, el recurso de llamar a Galilea y pedir un vehículo o un helicóptero de salvamento.

Una sospecha insidiosa empezó a enroscarse en su mente. Se dio cuenta con claridad de que tantas averías en un aparato del cual podía depender la vida de un hombre, en un momento dado, no obedecían a una causa fortuita, sino que habían sido producidas intencionadamente.

Con uno solo fin: Deshacerse de él.

Y si querían deshacerse de él, estaba claro que habían llegado, por fin, al convencimiento de que era uno de los hombres de la SIS.

De súbito, se sintió acometido de un súbito terror. No tenía combustible, no tenía electricidad... ¿cómo estaba de oxígeno?

Consultó el indicador. Se acercaba peligrosamente al punto vacío.

Todos los vehículos llevaban depósitos de emergencia y máscaras para poder actuar en el exterior. Cogió uno y, con gran satisfacción, comprobó que el depósito estaba lleno del gas vital.

Pero su contento no duró mucho. El contenido de oxígeno proporcionaba

una reserva de gas de una duración no superior a las seis horas.

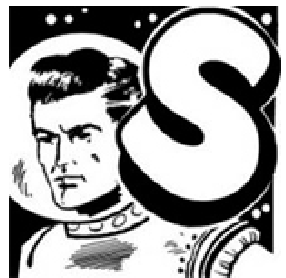
Había otro depósito suplementario. Podría vivir seis horas más, doce en total. Claro que rebajando un poco la intensidad del suministro y teniendo en cuenta que no debería realizar un trabajo que requiriese un suplemento de fuerza, podía alargar las reservas de oxígeno en un cincuenta por ciento más. Un hombre en reposo consume mucho menos oxígeno que trabajando, decidió.

Pero antes de que empezara a usar las máscaras, decidió arriesgarse. ¿No sospechaban de él? En tal caso, ¿qué más daba que supieran que poseía una emisora radiocraneal?

Se dio un toquecito detrás de la oreja y empezó a transmitir:

—BF101 llama con urgencia... Llamada urgente de BF101. Estoy en un apuro a unas setenta y cinco millas al S.O. de Galilea... Contesten pronto, por favor; no es una llamada de rutina. Repito...

CAPÍTULO VIII



OÑÓ que se ahogaba y abrió los ojos, inspirando con afán.

La sensación de ahogo prosiguió. Entonces comprendió que había agotado ya el contenido del primer reservorio de emergencia.

Se colocó la máscara del segundo y consultó el reloj. Sus cálculos habían resultados exactos. El depósito de la primera máscara había durado nueve horas y dieciocho minutos. Todo un récord del que tal vez un día podría ufanarse.

Si vivía para contarlo.

Si vivía lo suficiente para que viniesen a recogerle.

Si Aminta vivía aún, porque su llamada no había tenido respuesta.

Ninguna de las posteriores llamadas que había realizado a lo largo de aquellas nueve horas había tenido contestación. Sus esfuerzos habían resultado inútiles.

Miró al cielo. Las estrellas brillaban fríamente. Todavía faltaban varias horas para el amanecer.

El asesinato había sido planeado con grandísima habilidad. Incluso con el sadismo suficiente para divertirse con el pensamiento de sus angustias al sentir la asfixia que le llegaría poco a poco. Le habían permitido vivir unas horas más, eso era todo.

Se maldijo a sí mismo por haber sido tan estúpido de aceptar como buena la llamada de Aminta. ¿Cómo iba la muchacha a haber cometido un error semejante? Sabiendo que estaba en la granja de Atu-Nai habría esperado su regreso; nunca le habría llamado.

El ansia por volver a verla le había perdido. Pero no era hora de lamentaciones, sino de hacer algo para sobrevivir, si era posible.

Una vez, había leído una novela de ciencia-ficción, en la cual, el protagonista, en un caso semejante, se tomaba unas cuantas pastillas de oxígeno, con lo cual continuaba sobreviviendo en un medio atmosférico hostil, tan campante. Lamentó que no se le hubiese ocurrido la idea a algún científico; aquellas hipotéticas tabletas le habrían salvado la vida sin ninguna duda.

Pero, en lugar de lamentarse, lo que correspondía era hacer algo. No

quedarse quieto, no esperar la muerte con la resignación de un borrego destinado al matadero. ¿Qué era lo primero que debía hacer?

Alimentarse, sin duda alguna. ¿Había repuesto de víveres en el vehículo?

Sí. Encontró un hueco con varias latas de auto apertura y un par de cantimploras con agua. Puesto que sabían que iba a morir por asfixia, le permitían hasta comer.

¿Encontraría alguien el automóvil? Tal vez cuando ya estuviese muerto... o acaso una tempestad de arena lo cubriría y nadie hallaría ya jamás su restos.

Cuando terminó de comer, se permitió el lujo de consumir un poco más de oxígeno, fumando un cigarrillo, mientras su mente funcionaba con gran actividad, tratando de hallar el modo de salir de allí.

Había uno, pero sólo el pensar en los riesgos que entrañaba le hizo estremecerse. Una vez, cientos de años antes, alguien había quemado sus naves para cortarse la retirada a sí mismo y a los posibles pusilánimes de entre sus seguidores, pero, cuando menos, Cortés y sus hombres podían respirar. Él no; si lo hacía y no acudía nadie a la llamada de socorro, moriría inapelablemente.

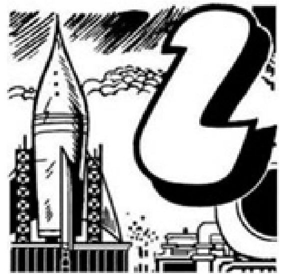
De todas formas, estaba sentenciado, se dijo. ¿Qué importaba morir un poco antes que después?

Empezó a trabajar después de amanecer, arrancando con un cuchillo parte del tapizado de los asientos. El combustible no llegaba ya al motor, pero no había oído decir nunca de un depósito que se quedase total y absolutamente vacío. Halló cosa de un par de litros, con los que empapó el tejido. Acto seguido, arrojó una cerilla sobre el resultado total y salió fuera del artefacto.

Quince minutos más tarde, una espesísima humareda negra subía casi verticalmente a lo alto, indicando el lugar donde se consumía un automóvil. La escasez de oxígeno —un quince por ciento del de la Tierra— haría más lenta la combustión y, por ende, la humareda duraría más tarde.

Pero si nadie veía aquella señal, moriría asfixiado.

CAPÍTULO IX


E vieron. Se salvó.

Cuando desembarcó en Galilea del helicóptero que le había recogido —a una hora del final de sus reservas de oxígeno— aún tenía los nervios con la tensión lógica de los largos momentos de espera que había pasado en pleno desierto marciano, sumido en la incertidumbre de su posible salvación que, gracias a su ardid, se había consumado al fin. Ni a su peor enemigo le deseaba un suplicio semejante.

Se despidió del piloto del helicóptero —un minero que residía a cuatrocientas millas de Galilea— y se dirigió al hotel. Preguntó por Rosa Lex.

Nadie había dejado el menor mensaje para él. Esto terminó de confirmar sus sospechas. Atu-Nai pertenecía a los independentistas. Incluso se convencía más y más a cada momento que transcurría, que era el buscado señor Ghost.

Ahora, sin embargo, tenía que hacer otra cosa antes que descubrir y destruir el nido de terroristas. Habían pasado ya doce días, un plazo demasiado largo para que no sintiese una viva alarma por la suerte de Aminta.

Lo primero que hizo fue tomar un baño caliente, que relajó no poco sus músculos. Después de secarse, sacó su maleta y estuvo manipulando en ella durante algunos minutos. En la maleta guardaba algunas cosas muy curiosas, en efecto, y no tenía ganas de que volvieran a cogerle otra vez completamente desprevenido.

Comió en abundancia. Tomó dos tazas de café y, acto seguido, se encaminó al «Wally's», al que llegó cosa de veinte minutos más tarde.

Entró en la taberna y lanzó una ojeada circular. Tal como había supuesto, Aminta no se hallaba en el local. Los temores acerca de la suerte que había corrido se acentuaban a cada segundo que pasaba.

Buscó una mesa un tanto retirada, se sentó y pidió una copa de aguardiente del país. Ahora era cuando debía poner en juego sus dotes de inteligencia y astucia. Debía actuar por sí solo, sin esperar el menor socorro de nadie. Sorbió despacio el fortísimo licor, mientras dejaba pasar el tiempo. Shang y Lorries tampoco se encontraban entre la clientela del tugurio.

De pronto vio entrar a una persona que le pareció conocida. Era la rubia de

mirada un tanto estrábica que estaba en el «Wally's» el día del jaleo. La mujer avanzó, con gran contoneo de caderas, y se detuvo unos instantes en el centro del salón, como oteando el panorama antes de empezar la caza del posible «cliente».

Las miradas de los dos se cruzaron. Guilford le sonrió.

La rubia sonrió también. Avanzó hacia la mesa. Guilford se puso en pie.

—Hola, guapa —saludó—. ¿Qué te apetece tomar? Me llamo Penn.

—Soy Clara Neach —se presentó ella—. Lo mismo que tú, Penn.

El *barman* trajo otra copa. Cuando se marchó, Guilford metió la mano en el bolsillo del pantalón y, por debajo de la mesa, dobló dos billetes de a cien solares cada uno. Luego puso la mano encima del tablero, ocultando los billetes.

—Escucha, Clara —dijo—. No puedo perder tiempo. ¿Quieres ganarte doscientos solares?

—A las tres —decidió la rubia sin vacilar—. ¿De qué se trata?

—¿Conoces tú a Rosa Lex?

—Sí. Una buena chica donde las haya, Penn. Pero ahora hace una semana larga que no la veo por el local.

Guilford trató de evitar la contracción de los músculos de su rostro. ¡Algo le había sucedido a Aminta! ¡Si había muerto, pondría a la ciudad patas arriba!

Como es lógico, estimó que era inútil preguntar a Clara dónde podía hallar a Aminta. Los independentistas se habrían cuidado muy bien de hacer desaparecer todo rastro de la chica.

Pero él sabía quién podía darle noticias de Aminta.

—Una lástima —dijo en tono natural—. Quizá puedas decirme dónde vive Steve Lorries.

El temor asomó a los ojos de Clara.

—Es un rufián —contestó, asustada.

—Quiero hablarle. Dime dónde vive. Aumentaré la dosis en cien solares más, Clara. No creo que tú llegues a reunir veinticinco el día de más suerte.

La codicia venció los últimos escrúpulos de la mujer.

—De acuerdo. Calle Ochenta Sur, número 203, XXIª Cúpula.

Guilford añadió los cien solares prometidos. Clara se guardó deprisa los billetes en su amplio escote.

—Por favor, no cuentes a nadie que yo te lo dije —rogó, con voz temblorosa.

—Seré mudo como una tumba —prometió él.

Dejó una moneda de cinco solares sobre la mesa, se levantó y salió del local.

* * *

El ruido de una llave al ser insertada en la cerradura despertó al joven del sueño en que había caído mientras esperaba el regreso del dueño de la casa,

sentado en un cómodo sillón. Se levantó rápidamente, se agazapó tras el mismo y esperó unos segundos, con todos los músculos en tensión.

La luz se encendió. Un hombre entró y cerró, canturreando alegremente. Después cruzó la estancia y se dirigió al dormitorio.

Guilford se puso en pie cuando Lorries pasaba a su altura. El hombre se sobresaltó muchísimo al ver surgir a un tipo desconocido ante él. Pero ya no tenía tiempo de reaccionar.

Con la mano izquierda, Guilford le hizo girar un cuarto de vuelta. Luego disparó su puño derecho con potencia devastadora.

El golpe arrancó los pies de Lorries del suelo y lo lanzó contra la pared vecina. Desmayado instantáneamente, el terrorista rodó por el pavimento hecho un ovillo.

Guilford se chupó los nudillos, mientras contenía los deseos que sentía de emprenderla a patadas con el sujeto que yacía inconsciente en el suelo. Después, arrodillándose, le registró con meticulosidad, despojándole de una diminuta pistola, que lanzaba proyectiles venenosos, y de un puñal de resorte, cuya hoja medía veinte centímetros largos.

Fue a la cocina y trajo un vaso con agua, cuyo contenido arrojó sobre el rostro de Lorries. Éste se agitó, murmuró unas palabras incoherentes y acabó por despertarse.

En los primeros momentos, miró al joven con ojos turbios. Luego, su visión se aclaró y quiso lanzarse contra él. Guilford contuvo sus veleidades de lucha con un revés de izquierda, que lo derribó por tierra, con los labios ensangrentados a consecuencia de la violencia del golpe.

—No te muevas de donde estás, si no quieres terminar con todos los dientes y las costillas rotos —amenazó—. Quiero hablar contigo, Steve Lorries.

Los ojos del terrorista fulguraron de rabia.

—No diré una sola palabra —prometió, con voz dura.

—Bueno —contestó Guilford—. Será porque estás cansado de la vida, chico —estiró el brazo derecho, dejándolo a medio metro de la cara del sujeto —. ¿Recuerdas el golpe que te propiné el otro día? ¿Cuántas horas estuviste sin conocimiento?

Una mueca de rabia torció los labios de Lorries. Nada menos que siete horas y pico había durado su desmayo. Cada vez que lo recordaba, bramaba de ira.

—No fue un puñetazo, aunque lo fingí, sino un proyectil anestésico —explicó Guilford—. Pero ahora, el proyectil que recibirás si callas te hará dormir para siempre: es de cianuro.

La cara de Lorries adquirió una terrible palidez.

—Aguarde —dijo—. No dispare, maldita sea. Le diré todo lo que quiere saber, Guilford. Empiece a preguntar.

—De modo que me conoces, ¿eh? Parece que poseéis un buen servicio de información, Lorries Entonces, sabrás dónde está Rosa Lex.

—Calle Doce, número 7, IVª Cúpula.

—¿Qué hace allí?

—Está terminando su convalecencia.

Guilford respiró. Al menos, sabía que la chica vivía. Pero ¿por qué hablaba Lorries de convalecencia?

—¿Es que ha estado enferma?

—No.

Guilford se dio cuenta de que el sujeto se mostraba renuente a contestar más preguntas.

—No me hagas perder la paciencia, pequeño bastardo —dijo—. ¿Qué le ha sucedido?

—La sometieron a una intervención quirúrgica, una trepanación, creo. No sé más, no soy médico —rezongó Lorries de mal talante.

—¿Una operación quirúrgica? —murmuró él, sumamente pensativo.

De pronto lo comprendió todo. Los independentistas le habían extraído la emisora radiocraneal. Enterados de aquel sistema de comunicaciones, habían apresado a un agente de la SIS para conocer los detalles del mismo y reproducirlos en sus propios agentes.

—Está bien —dijo—. Ahora, dime otra cosa. ¿Quién es el señor Ghost?

—¿El señor Ghost? —exclamó Lorries, asombrado—. No he oído su nombre en los días de mi vida.

Guilford frunció el ceño.

—Si me haces perder la paciencia... —rezongó, amenazador.

—Puede disparar si quiere y matarme —aseguró el rufián—, pero no por ello conseguirá que le diga algo que ignoro en absoluto.

El joven reflexionó unos segundos. De pronto, su mano derecha se movió un poco.

Las facciones de Lorries se contorsionaron en una mueca. Luego su cuerpo se relajó y rodó por tierra.

El joven sonrió.

—No temas —murmuró, como si pudiese escucharle—; lo del cianuro fue tan sólo una broma. Volverás a dormir siete u ocho horas, tiempo más que suficiente para que yo pueda ir y volver sin peligro a la calle Doce.

Al mismo tiempo que hablaba, había extraído del bolsillo de su blusa una cajita, que contenía una jeringuilla hipodérmica y un par de ampollas de exapentotal, la droga que le permitiría confirmar o rechazar las manifestaciones del durmiente. Preparó la inyección, arremangó el brazo de Lorries y clavó la aguja.

Esperó unos segundos. Al cabo de ese tiempo, llamó:

—Lorries

El forajido no contestó.

Guilford frunció el ceño. Sabía la eficacia de la droga, capaz de hacer contestar a un moribundo sumido en el coma preagónico. ¿Por qué razón Lorries se mantenía silencioso?

Arrodillándose de nuevo a su lado, le puso la mano sobre el pecho. Un segundo más tarde, se ponía en pie, desconcertado.

—¡Ha muerto de miedo! —exclamó.

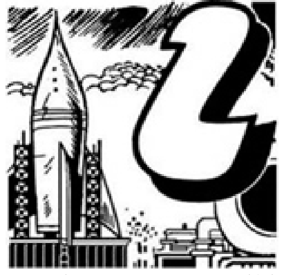
Comprendió la verdad. Lorries debía haber creído que el proyectil que entraba en su organismo contenía cianuro. El pánico que había sentido durante aquella fracción de segundo había detenido su corazón tan mortíferamente como lo hubiera podido hacer una bala de fusil.

Allí había terminado, se dijo. Recogió deprisa sus cosas y se encaminó hacia la puerta, maldiciendo contra su mala suerte. Esperaba que Lorries le hubiese dicho la verdad. De lo contrario...

De repente, cuando su mano tocaba ya el pomo de la puerta, vio que alguien lo hacía girar desde el otro lado.

Apenas si tuvo tiempo de saltar a un costado y apagar la luz, antes de que el recién llegado abriese la puerta.

CAPÍTULO X



O primero que percibió fue el rumor de una respiración agitada, como si el que llegaba hubiese venido a todo correr. Incluso percibió los nada agradables efluvios de la transpiración del sujeto, desde medio metro escaso de su cara.

—¡Steve! —llamó el recién llegado.

Guilford sintió que todos sus músculos se ponían en tensión. ¡Era Shang, el hércules oriental!

Se retiró dos o tres pasos de la puerta, manteniendo el brazo extendido en todo momento. Por nada del mundo aceptaría un encuentro cuerpo a cuerpo con aquel forzudo, que podía juntarle el pecho con la espalda con la mayor facilidad.

Shang buscó el interruptor. Enseguida, el joven exclamó:

—¡No se mueva, Shang! ¡Le estoy apuntando, y —volvió a mentir—, esta vez dispararé con cianuro!

El gigante se puso rígido en el acto. A pesar de la prohibición del joven, volvió un poco la cabeza.

—De modo que pudo escapar —dijo en tono sosegado.

—Así es —reconoció Guilford—. Pero esto importa poco ahora. ¿Dónde está Rosa Lex?

—¿No se lo ha dicho Steve?

—Quiero confrontar las respuestas —arguyó el joven.

Shang dudó unos instantes.

—¿Qué sucederá si callo?

—Le mataré. Steve ha muerto.

Guilford dijo aquello, con el fin de impresionar al hércules, aunque sin añadir que la defunción se había producido de una manera casual y no intencionada.

El poderoso pecho del gigante se dilató con fuerza.

—Calle Doce, número 7, IVª Cúpula.

«Al menos, se han puesto de acuerdo», pensó, una fracción de segundo antes de disparar su segundo dardo anestésico.

Vaciló un instante al ver a Shang en el suelo. Al fin, pensando que tenía siete u ocho horas por delante, decidió que, en todo caso, volvería más tarde.

Por el momento, era Aminta lo que más le interesaba. Aunque mientras se dirigía en busca de la joven, no dejó de reprocharse la acción que estaba cometiendo.

«Si Mahlvorson lo supiera, me expulsaría a patadas del servicio. Un buen agente no debe dejar jamás que las influencias extrañas afecten a su misión. Ésta debe representarlo todo para él», pensó... pero era Aminta lo que más quería en este mundo.

* * *

Se detuvo en la esquina de la calle Transversal Segunda, que hacía ángulo recto con la Doce. El número 7 estaba al otro lado, a unos cuarenta o cincuenta metros de distancia.

Estudió el panorama. La circulación, a tales horas de la noche, era nula; en Galilea se trabajaba de firme y sólo los sábados había animación. El ambiente era de soledad absoluta.

Cruzó la calle y alcanzó el número 7. En apariencia, era una casa como todas las demás: bloques cúbicos, utilitarios, prefabricados en serie y de fácil y rápido montaje. Sólo cuando alguien ganaba lo suficiente, se permitía una decoración externa con alguno de los estilos de las construcciones terrestres; bajo unas cúpulas donde no llovía jamás y la temperatura sufría escasas variaciones, los edificios eran sólo lugares de albergue y recogimiento, sin pretensiones arquitectónicas que no estuviesen relacionadas con la función que cumplían.

Llegó a la puerta. Estaba cerrada, tal como había supuesto. Naturalmente, no era un obstáculo insalvable.

Merced a una ganzúa que había llevado consigo, pronto se abrió paso. Entró y cerró enseguida, escuchando con gran atención durante algunos segundos. No se oía el menor ruido. Los habitantes de la casa debían de estar entregados al descanso.

Se equivocaba.

Cuando se disponía a sacar una diminuta linterna eléctrica, oyó el ruido de una puerta que se abría en el pise superior y la voz de un hombre, que hablaba con alguien que había quedado en la habitación de la cual salía en aquellos instantes.

—Voy a darme una vuelta, Piero. El espía logró salvar el pellejo y estuvo merodeando por el «Wally's». Es un sujeto demasiado vivo y, con él, todas las precauciones son pocas.

Guilford miró a derecha e izquierda, buscando un lugar donde esconderse. La silueta del individuo se recortó un instante contra el amarillo cuadrado de luz de la puerta.

Se situó en el lado contrario, aunque manteniendo la puerta de entrada bajo su control. Oyó las pisadas del hombre que descendía despacio por las escaleras y luego le vio acercarse tranquilamente a la salida.

Había repuesto la carga del lanzadardos. Disparó uno y el individuo se

desplomó al suelo en completo silencio, sin saber lo que le había ocurrido.

Tranquilo al respecto, subió las escaleras con suma cautela, deteniéndose a escuchar de cuando en cuando. Se preguntó por qué habrían cedido con tanta facilidad Lorries y Shang; acaso era, estimó, que una vez extraído el transmisor radiocraneal, objetivo principal al secuestrar a la muchacha, no merecía la pena correr riesgos inútiles. Lorries había muerto, sin embargo, pero ¿quién iba a suponer que era un miedoso?

Se asomó a la puerta. No se entretuvo en intimaciones. Las palabras que había oído segundos antes, acababan de confirmar las declaraciones de Shang. El otro vigilante estaba haciendo un solitario con toda tranquilidad. Un segundo más tarde, rodaba bajo la mesa, fulminado por el dardo anestésico.

Mahlvorson le había provisto de abundantes repuestos de aquellos dardos. A fin de prevenir cualquier posible contingencia, recargó por tercera vez el aparato, sin apresurarse demasiado y luego cruzó la estancia, dirigiéndose a la puerta que había al lado opuesto.

Abrió con cuidado y escuchó unos segundos. Captó el leve rumor de una sosegada respiración. Alguien dormía apaciblemente en la estancia.

Buscó el interruptor de la luz y la oscuridad se disipó. Entonces vio a Aminta.

Al recibir en pleno rostro el resplandor de la luz, Aminta se despertó. Abrió los ojos unos instantes, los cerró y luego volvió a abrirlos. Inmediatamente, se sentó en el lecho.

—¡Penn! —exclamó, tendiendo los brazos hacia él.

Pero un segundo más tarde, recogía el embozo de la cama y se cubría pudorosamente el pecho desnudo. Guilford corrió hacia ella, se sentó en el borde y la abrazó con fuerza.

—Querida —murmuró a su oído—. ¿Estás bien?

—Sí —contestó ella, muy emocionada—. ¡Dios mío, Penn, no creí volver a verte jamás! Me dijeron que habías muerto...

—Poco le faltó —contestó él—. Pero ya te contaré más adelante —se separó un poco y contempló, con ceño hosco, el cráneo pelado de la muchacha—. ¿Por qué te cortaron los cabellos? —preguntó.

—Me hicieron la trepanación, Penn. Ya no tengo la emisora radiocraneal.

—Es cierto —recordó él. Sonrió—. Bueno, ya te crecerán esos cabellos color de bronce que tanto me gustan. Ahora, vámonos; esos tipos están dormidos, pero no se puede asegurar que no tengan más compinches en Galilea.

—No puedo, Penn —dijo ella—. No puedo salir de aquí.

Guilford la contempló con asombro.

—¿Todavía estás convaleciente? —inquirió—. En tal caso te llevaría a un hospital...

—No es eso, querido. Se trata, simplemente, de que debajo de la sábana no llevo un solo gramo de ropa.

Entonces él se fijó en los hombros y brazos desnudos de la muchacha.

—Me despojaron de todos mis vestidos a fin de evitar que pudiera escaparme —explicó Aminta, ruborizándose.

—Eso tiene fácil arreglo —decidió él de pronto—. Espera.

No podía entretenerse en buscar las ropas de la joven. Pero tenía otra solución, siquiera fuese provisional, hasta que llegasen al hotel y pudiera encargar prendas de vestir para ella.

—¿Cuánto mides de estatura? —le preguntó, mientras se ponía en pie.

—Metro setenta y tres, Penn.

Guilford silbó.

—Eres una buena moza —dijo, mientras salía de la estancia.

El vigilante que dormía allí era de su complexión. Descartándolo por el momento, descendió a la planta. El otro tipo era más bajo, aproximadamente de la misma estatura que Aminta.

Minutos más tarde, había despojado al sujeto de su blusa y de sus pantalones. Pensó que tal vez los zapatos le estarían grandes a la muchacha, pero, dadas las circunstancias, no tenían elección posible.

Regresó otra vez al dormitorio y le entregó las ropas.

—Vístete mientras registro la casa —dijo.

Salió de la habitación de nuevo. Harto suponía que no iba a hallar nada comprometedor para el famoso señor Ghost, pero no por ello quería dejar pasar por alto cualquier posibilidad. Y, en cierto modo, su esfuerzo se vio recompensado con el hallazgo de lo que parecía ser un plano esquemático de un conjunto de construcciones, cuya utilidad no supo descifrar por el momento.

Aminta apareció unos minutos más tarde. Había encontrado un pañuelo de vivos colores, con el cual se había cubierto el cráneo afeitado. Estaba pálida y un tanto demacrada, pero ello se debía más al encierro que a la operación en sí.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él.

—Bien. Las piernas un poco flojas, aunque es debido a que me pasaba casi todo el tiempo en la cama. No me dejaban moverme de esa habitación —explicó Aminta.

—Te has recuperado pronto de la operación.

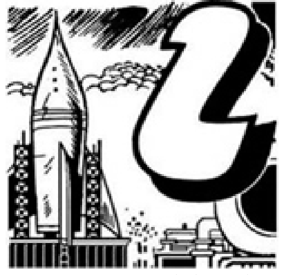
—Sí. Usaron procedimientos de soldadura de huesos y cicatrización del cuero cabelludo casi instantáneos. Por otra parte, no había sufrido lesión alguna en el cerebro, así que a los cuatro o cinco días me encontraba ya bien.

—Magnífico —aprobó él—. Vámonos ahora. Comerás a gusto, te compraré ropas... y también una peluca, hasta que te crezca el pelo.

Sentíase muy alegre. Aminta le entregó la mano confiadamente y se estremeció al notar el suave y cálido contacto. Sus miradas se cruzaron durante unos segundos de manera significativa.

—Vamos —repitió él con voz ronca.

CAPÍTULO XI



LEGARON al hotel casi cuando se hacía de día. Guilford la condujo a su habitación, encargando de paso dos buenos desayunos. Esperaron a que se los hubiesen servido y entonces llegó la hora de las explicaciones mutuas.

Así, Guilford se enteró que Aminta había sido secuestrada al día siguiente de separarse ambos.

—Primero debieron aplicaron una dosis de narcotizarme y luego me aplicaron una dosis de exapentotal —explicó ella—. Tengo un confuso recuerdo de haber hablado muchas cosas... a ti te mencioné también, por supuesto. Pero no me lo tomes en cuenta, Penn; lo hice contra mi voluntad.

Guilford palmeó las manos de la muchacha.

—Claro que no lo haré, Aminta. No te preocupes más; lo importante es que hayas salido con bien de esta aventura. Ahora, como una buena chica, te quedarás aquí mientras yo compro ropas nuevas y una peluca. Volveré lo más pronto que pueda.

—No tengo armas —indicó ella—. ¿Qué hago si viene alguien con intenciones hostiles?

Guilford sacó del bolsillo la pistola que había arrebatado a Lorries

—Quédatela y úsala sin miedo, en caso necesario.

—Desde luego.

También le entregó el plano que había hallado en la casa.

—Estúdialo con atención mientras yo estoy fuera —dijo—. Tal vez tú consigas hallar algo que yo no he sabido ver.

Abandonó el hotel, con talante ligero y el ánimo satisfecho. Había conseguido rescatar a la muchacha y, además, inutilizado a cuatro miembros de la organización independentista, dos de los cuales parecían ser de gran importancia. Ahora, se dijo, Shang hablaría bajo el influjo del exapentotal y le diría, sin duda alguna, quién era el enigmático señor Ghost.

Regresó a casa de Lorries, en donde se llevó una gran sorpresa.

El piso estaba vacío y en orden.

No le extrañó que el cadáver de Lorries hubiese desaparecido; era algo con lo que ya contaba que haría Shang apenas se despertase. Pero lo que sí le extrañó fue la desaparición de Shang. Desde que le disparó el dardo

anestésico hasta su regreso no habían transcurrido aún cinco horas. Tenía casi tres de margen y conocía de sobra los efectos de la droga narcótica para saber que no importaba la clase de organismo que la recibiese; sus efectos podían variar, como máximo, en quince o veinte minutos, según los tipos, pero nunca un espacio de casi tres horas.

—Alguien estuvo aquí y se ha llevado a los dos —fue la conclusión a que llegó poco más tarde.

Encendió un cigarrillo mientras reflexionaba, concentrándose profundamente. ¿Quién había hecho desaparecer a los dos sujetos?

A su entender, sólo una persona. O alguien delegado por esa persona, que sólo podía ser el ingeniero Atu-Nai.

El señor Ghost.

El ingeniero era el hombre a quien buscaba.

Por lo tanto, para encontrarlo, sólo podía hacer una cosa: ir a la granja. No obstante, éste era un plan que debía ser estudiado y meditado a fondo, a fin de no cometer errores funestos durante su ejecución.

Pero ya que estaba allí, decidió, haría lo que antes no había podido realizar, a causa de las prisas en rescatar a Aminta: registrar la casa.

Media hora después, halló un plano análogo al anterior. Tras encender otro cigarrillo, se sentó unos momentos a estudiarlo con todo detenimiento.

Las construcciones eran un poco raras. A menos que la impericia del dibujante hubiese sido causa de lo que estimaba como un rudimentario bosquejo, hecho incluso sin ayuda de la regla, en el que los trazos se le aparecían bastante confusos. Creyó ver unas escaleras y también algo parecido a una sala de máquinas... Se entraba por una cúpula, que aparecía señalada con un semicírculo hecho con un simple trazo de lápiz, pero esto no tenía importancia, ya que todas las construcciones marcianas solían hallarse bajo una cúpula con la debida protección atmosférica.

Asimismo vio esbozada una segunda cúpula. Debajo de ella captó unos trazos extraños, que no supo identificar por el momento. Pero en todo caso, el dibujo estaba trazado por la misma mano y era análogo al que había hallado en la casa donde Aminta estaba secuestrada.

En vista de que no sacaba nada en limpio, dobló el papel y se lo guardó en un bolsillo. Acto seguido, abandonó la casa, disponiéndose a comprar las ropas y la peluca para la muchacha.

Cuando llegó al hotel, Aminta dormía sobre su propia cama. Se acercó a ella y la contempló durante unos segundos, con la sonrisa en los labios.

Aminta percibió su presencia y se despertó de pronto.

—Hola —dijo sonriendo, a la vez que se sentaba en el lecho.

—Aquí tienes la ropa —exclamó él—. Pruébate la peluca; si no te gusta la clase, el color o la forma, iré a cambiarla.

Aminta se quitó el pañuelo y corrió al espejo. Momentos después, sonreía satisfecha.

—No es el color que prefiero, pero está bastante bien. Gracias, querido.

Guilford se acercó a ella y la tomó por los hombros.

—He pasado unos ratos muy amargos, pensando en que esta vez podías haber muerto de veras, Aminta —dijo.

Los ojos de la muchacha resplandecieron.

—Es lo mejor que podía haber oído —murmuró—. Ven, acércate más; quiero premiarte como te mereces.

Guilford no podía rehuir tal premio; en realidad, lo estaba deseando. Después del beso, permanecieron abrazados durante algunos segundos, hasta que ella se separó y le miró a los ojos, sonriendo llena de dicha.

—Voy a ver qué gustos son los tuyos en materia de indumentaria femenina —dijo.

Tomó el paquete con la ropa y se dirigió al baño. Guilford se sentó en una silla a esperar que ella terminara de arreglarse.

—¡Penn! —gritó ella de pronto, a través de la puerta entreabierta.

—¿Sí, querida?

—¿Viste a Shang?

—No. Escapó. El cadáver de Lorries también había desaparecido.

Hubo una corta pausa de silencio.

—El señor Ghost sabe moverse con rapidez —dijo ella.

—Eso mismo opino yo. Pero me parece que ya sé quién es.

—¿De veras, Penn?

—Sí. Atu-Nai, no puede ser otro.

De nuevo otro momento de silencio.

—Tal vez sea como dices —convino ella.

—Además —añadió Guilford—, encontré otro plano idéntico al que te dejé. ¿Has sacado algo en limpio?

—A mí me parece que, sea lo que sea, está en un subterráneo, Penn.

Guilford contuvo una exclamación de asombro. Tal posibilidad no se le había ocurrido siquiera. Sacó el plano y lo contempló de nuevo.

—Penn, ¿no me dices nada? —exclamó Aminta, impaciente.

—Sí. Parece que tienes razón, querida. Ahora que me fijo bien, las construcciones han sido excavadas bajo la tierra. Veo una cúpula grande y luego otra con unos dibujos la mar de raros, que no entiendo lo que puedan ser.

—A mí me parecen árboles o plantas, Penn. Muy mal dibujados por cierto, pero...

—¡Árboles! —exclamó él de repente—. ¡Claro, qué idiota soy! ¿Cómo no lo he sabido ver antes?

Tremendamente excitado por el descubrimiento se puso en pie y corrió hacia el cuarto de baño. Un súbito chillido le paró en seco.

—¡Eh, cuidado con lo que haces! —protestó la chica, a medio vestir todavía.

Guilford se retiró, sonrojado, pero permaneció junto a la puerta.

—Has tenido una ocurrencia maravillosa, querida —dijo—. Ahora ya sé

dónde están las construcciones indicadas en el plano.

—Dime, Penn.

—La granja de Atu-Nai.

Aminta calló unos instantes.

—Es muy posible que tengas razón, Penn.

—Posible, no, querida. Seguro. Por completo seguro.

Aminta salió del baño, subiéndose el cierre relámpago de su blusa.

—Conque en la granja de Atu-Nai, ¿eh?

—Sí. Del señor Ghost, preciosa.

La chica se mordió el labio inferior.

—Eso significa que debemos ir allí.

—Habla en singular —gruñó él—. Iré yo.

—Olvídalo, Penn. Iremos los dos juntos y no se hable más.

—Me permito recordarte que la misión me fue asignada a mí. Y que no quiero que corras más riesgos.

Ella le puso ambas manos sobre los hombros.

—Alguien Todopoderoso me asignó a ti, de ahora en adelante y para todo lo bueno y lo malo de esta vida —declaró con acento emocionado—. Podré permitirte que salgas alguna noche a jugar a las cartas con tus amigos, pero ahora no se trata de perder unas decenas de solares. O lo conseguimos los dos o nos perdemos juntos, pero por nada del mundo consentiría perderte para siempre. Rechazo de plano la idea del suicidio, pero también rechazo la perspectiva de vivir en lo sucesivo sola, sin ti. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

Guilford se inclinó para besarla, hondamente conmovido por las manifestaciones de la muchacha. Cuando sus labios se hubieron separado, dijo:

—De acuerdo. Has ganado. Ahora, dime, ¿conoces algún sitio en Galilea en el que alquilen vehículos para llegar hasta la granja de Atu-Nai?

—Por supuesto. ¿Qué hora es?

—Cerca del mediodía.

—¿Cuánto se tarda en llegar a la granja?

—Cuatro o cinco horas, depende de varios factores.

Aminta se mordió los labios.

—Tienes que descansar un poco —resolvió al cabo—. Has pasado toda una noche en vela y no podrías resistir bien la segunda. Partiremos al oscurecer, con objeto de alcanzar la granja después de la medianoche. A mi entender, debemos llegar sin ser advertidos y, guiándonos por los planos, encontrar esas construcciones subterráneas donde creo que fabrican el arma absoluta que debemos destruir.

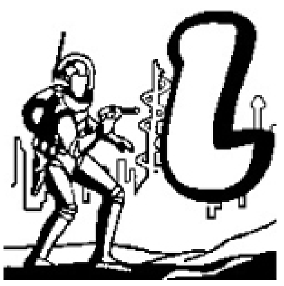
La propuesta de la joven era sensata. Guilford se sentía bastante fatigado y comprendía que debía hallarse bien descansado, a fin de poder encontrarse en plena posesión de todas sus facultades físicas y mentales, llegado el momento de la acción.

—Anda, duerme unas horas —insistió Aminta—. Yo me preocuparé mientras tanto de buscar el automóvil.

—No me gusta que andes sola por la ciudad —objetó él, haciendo una mueca.

—Si no hubiese ido al «Wally's», no me hubieran sorprendido. Y, créeme, Penn; no dejaré que eso suceda por segunda vez —contestó ella con voz firme.

CAPÍTULO XII



AS estrellas brillaban en la fría noche marciana cuando el coche se detuvo a unos quinientos metros de la granja, en el fondo de una pequeña hondonada, que permitía ocultar su estructura a la vista de un posible vigilante nocturno de los independentistas.

Después de colocarse los chaquetones de abrigo y las máscaras de oxígeno, los dos jóvenes salieron de la cabina estanca y saltaron al suelo. Caminaron un poco y se detuvieron en lo alto de la eminencia, para contemplar en silencio el reflejo de las estrellas sobre las pulidas superficies de las cúpulas de la granja. Se trataba de un asunto de vital importancia para su misión, y extremaban las precauciones.

Pendiente del hombro izquierdo, Guilford llevaba una bolsa, que contenía diversos utensilios y herramientas que estimaba podrían serles necesarios en su investigación. Al cabo de unos segundos, tomó el brazo de la muchacha y reanudaron la marcha.

Se detuvieron al pie de una de las cúpulas. Guilford miró hacia arriba unos momentos. Luego depositó la bolsa en el suelo y levantó la tapa.

—Prepara el regenerador —dijo, después de haber tomado un aparato parecido a una pistola de soldar.

Dio media vuelta a un interruptor. Pese al tercio de gravedad que reinaba en la superficie del planeta, el aparato resultaba bastante pesado, por lo que hubo de apoyarlo en el antebrazo izquierdo, mientras lo empuñaba con la mano derecha, a la manera del tirador que quiera afirmar la puntería. Presionó otro interruptor y al momento salió un chorro de vivísima llama, muy delgado y potente, con el cual atacó la transparente superficie de la cúpula.

El plástico desaparecía instantáneamente, consumido por la llama. A su lado, Aminta, con otro aparato semejante, aguardaba el momento propicio para actuar.

Guilford obró de la misma forma que hubiera hecho un ladrón para apoderarse de las joyas contenidas en una vitrina: cortó un espacio de un metro de alto por sesenta de ancho, suficiente para que ambos pudieran pasar a gatas. No necesitó tirar del trozo de plástico seccionado hacia sí, como lo habría hecho el supuesto ladrón, sino que la misma presión atmosférica del

interior lo hizo saltar aun antes de que hubiese terminado de trazar el total de su contorno.

El aire salió con violencia, congelándose de inmediato en una fina nube de vapor blanquecino. Agachando la cabeza, Aminta se precipitó en el interior de la cúpula.

Guilford agarró la correa de la bolsa y la siguió unos segundos después. Entonces, Aminta, con la otra pistola, procedió a lanzar un chorro de plástico fundido, que se solidificaba de modo instantáneo al contacto con el aire. En menos de un minuto, quedó taponado el orificio y contenido el escape de gas respirable.

Antes de seguir, permanecieron unos segundos en el mismo sitio, agachados tras una gran mate de adelfas.

—¿Habrán captado el escape de aire? —susurró Aminta, después de haberse quitado la máscara de oxígeno, innecesaria ya bajo una presión atmosférica normal.

—En teoría, así debiera ser —contestó él—. Toda cúpula debe estar provista de un detector de fugas de aire; así lo dispone la ley. Ahora bien, hay cúpulas que tienen un sistema de alarma por timbre y otras lo indican en un cuarto de control; este procedimiento se emplea cuando son más de una. Un timbre que sonase aquí no podría ser escuchado por un vigilante que se hallase al otro lado de la granja, por ejemplo.

—Lo cual supone que debe de haber uno de guardia ante un cuadro de instrumentos —estimó ella, considerando las posibilidades.

—Eso creo yo —convino Guilford.

—Entonces, habrá captado en sus detectores la fuga de aire que hemos producido y acudirá a investigar.

—Pero no hallará nada.

—Eso le hará sospechar aún más. Ven —resolvió Aminta de súbito—, le esperaremos a la entrada de la cúpula.

Se incorporaron y rodearon la base de la cúpula hasta llegar a la esclusa de acceso. Como era lógico, al producirse el descenso en la presión, la compuerta se había cerrado automáticamente.

Se escondieron detrás de un gran macizo de plantas ornamentales. Con la vista fija en la esclusa. No tardaron mucho en ver a un sujeto que se acercaba a aquel lugar, provisto de una gran antorcha eléctrica.

Como de costumbre, Guilford se aflojó la manga del brazo derecho. Esperó a que el vigilante hubiese abierto la compuerta y entonces, de forma inesperada, se puso en pie.

El hombre abrió la boca, muy sorprendido por la presencia de un desconocido bajo la bóveda transparente. Se cambió la linterna de mano, forcejeando para sacar un arma, pero Guilford no le dio tiempo.

Corrieron hacia él, arrodillándose a su lado. Guilford le desposeyó de la pistola que el sujeto no había podido utilizar.

—Granujas —masculló, irritado—. Es de pólvora.

—Bueno, tal vez nos sirva a nosotros —sugirió la chica—. Sigamos, Penn.

Pasando por encima del inanimado cuerpo del vigilante, franquearon la esclusa. Guilford conocía la granja por habérsela enseñado el ingeniero, pero ahora debía hacer caso omiso de sus recuerdos y guiarse por el plano que habían capturado. Se preguntó cómo habrían podido ser tan descuidados para permitir dejar que semejante documento hubiese caído en sus manos. Por un momento, se le ocurrió la posibilidad de que se tratara de una celada, pero, trampa o no, estaban allí y debían investigar al máximo hasta encontrar al misterioso señor Ghost.

Y también el arma absoluta, el arma que, según los informes podía destruir a la Tierra.

Ellos destruirían el arma en provecho de la humanidad. Aunque fuese su última acción en el mundo de los vivos.

Poco más tarde, llegaban a la fuente. Guilford recordó la conversación sostenida con Atu-Nai. Sobraba agua. ¿Adónde iba a parar el exceso de líquido?

Se detuvo unos momentos, irresoluto.

—¿Qué sucede? —preguntó Aminta, extrañada.

—Según el plano, la entrada a los subterráneos debe hallarse bajo esta cúpula —contestó Guilford—. Sin embargo, no veo nada que indique la forma de encontrar dicha entrada.

Aminta paseó la vista en torno suyo. Las paletas de la rueda de la dínamo producían un ruidito monótono al girar sin cesar.

De pronto, cuando aún no habían adoptado ninguna resolución, oyeron voces.

—Ese estúpido —dijo un hombre.

—Se habrá tumbado a dormir en algún pedazo sembrado de hierba —dijo otro.

Guilford agarró la mano de la chica y la arrastró al otro lado del roquedal, justo a tiempo para divisar las siluetas de dos individuos que cruzaban la cúpula, en busca del vigilante que ellos habían anestesiado.

La situación se ponía crítica para ellos. La distancia era excesiva para poder utilizar los dardos anestésicos con éxito. Más allá de los cinco o seis metros, los proyectiles perdían su poder de penetración. Y los dos sujetos se hallaban a doce o quince, por lo menos. Les oían hablar, echando pestes del que suponían descuidado compañero, pero se sentían impotentes para evitar el próximo descubrimiento del cuerpo desmayado que delataría de forma clara su presencia en la granja.

A menos que usara la pistola de pólvora, pero el ruido de los estampidos provocaría una alarma superior aún a la que quería evitar.

Agarró la mano de Aminta, como recomendándole silencio. Ella asintió con la cabeza. Esperarían, era lo mejor que podían hacer.

Segundos más tarde, llegaron a sus oídos los rumores de unas exclamaciones de alarma. Poco después, vieron a los dos individuos que

salían corriendo de la cúpula.

Guilford sacó la pistola. En caso necesario, tiraría a matar. No le gustaba la perspectiva, pero lo haría si no tenía otra elección posible.

De pronto, con gran asombro por su parte, vio que los dos sujetos se dirigían en línea recta hacia el roquedal. Tiró de la mano de Aminta, obligándola a esconderse.

Los vigilantes alcanzaron el grupo de rocas. De pronto, Guilford oyó la voz de uno de ellos, que hablaba con una persona, invisible por el momento.

—Jefe, alguien ha entrado en la granja... No, todavía no sabemos quién es. Dorello acudió al captar la señal de fuga de aire en la novena cúpula y los intrusos lo inutilizaron... Debieron de usar proyectiles anestésicos, porque no reacciona...

De súbito, Guilford concibió una idea. Rodeando con gran sigilo el grupo de rocas, asomó la cabeza por el extremo opuesto, viendo a uno de los individuos que hablaba con el rostro dirigido hacia una piedra hueca en apariencia. El otro tenía una pistola en la mano y miraba con recelo en todas direcciones.

Todavía no había repuesto el proyectil consumido. Decidió esperar unos segundos antes de actuar de nuevo.

El vigilante continuaba informando.

—Creo que abrieron un boquete en la base de la cúpula y lo taparon luego, a fin de evitar que el aire continuase escapándose... No, la pérdida es inapreciable; algunas docenas de metros cúbicos tan sólo... Ni siquiera fue acusada por el barómetro; únicamente por el detector de fugas... Muy bien; recorreremos con meticulosidad toda la granja y volveremos a informar. Hasta luego, señor.

Entonces, Guilford, poniéndose en pie, disparó su segundo dardo, con el cual inutilizó al vigilante que tenía la pistola en la mano.

Al ver caer a su compañero, el otro lanzó una rotunda interjección y se esforzó por sacar su pistola. Guilford le apuntó con la que había capturado al primer vigilante.

—Si quieres morir, sigue moviéndote —le intimó.

El sujeto se quedó quieto en el acto, con la mano aún apoyada en la tapa de la pistolera.

—Aminta —ordenó Guilford—, ve por detrás y desármale. Levante las manos y póngalas tras la nuca —dijo al vigilante.

Aminta se hizo con la pistola, retrocediendo un paso acto seguido. Inmediatamente, Guilford se acercó al individuo, reconociendo al que le había dado el falso aviso días antes.

—Hola, Yankes —saludó alegremente—. Reparé la avería.

El hombre permaneció mudo, sin apreciar el humor de las palabras del joven. Guilford continuó sonriendo:

—¿Por dónde se penetra en los subterráneos? —preguntó.

Los labios de Yankes permanecían sellados. Sin dar muestras de

impaciencia, Guilford exclamó:

—Aminta, a ti te quedan todavía proyectiles de cianuro, ¿no es eso?

—Sí, Penn —contestó la muchacha.

—Bien, como no queremos hacer ruido con las pistolas, actuaremos en silencio. Si dentro de diez segundos no nos ha dicho el amigo Yankes por dónde se entra al subterráneo, dispara y mátalo.

CAPÍTULO XIII



L silencio se hizo denso, opresivo.

Yankes se humedeció los labios con la lengua.

—Está bien —cedió, después de unos instantes de lucha consigo mismo—. Lo diré. Pero ¿qué harán luego conmigo?

—No te mataremos, descuida. A menos que nos hayas engañado, claro —aseguró el joven sin apartar la mirada.

—De acuerdo —dijo Yankes—. Un momento, por favor.

Ladeándose un poco, se inclinó hacia el hueco en la roca, sobre el cual podía verse un aparato visofónico. Agarró una palanca situada al lado y tiró de ella.

Un lienzo entero del roquedal giró sin ruido a un lado. Con gran asombro por su parte, Guilford y Aminta divisaron el arranque de una escalera, que se hundía en la tierra, retorciéndose en amplias espirales sobre su eje.

La escalera aparecía brillantemente iluminada. Después de unos segundos de duda, Guilford se volvió hacia Yankes.

—Lo siento —dijo—. Tendré que dejarte dormido, como a los otros.

—Prometió respetarme —dijo el sujeto, furioso.

—La vida, por supuesto; pero no vamos a meternos ahí abajo dejando las espaldas al descubierto...

De repente, Yankes se derrumbó al suelo, cortando en seco las explicaciones del joven.

—Estabas perdiendo demasiado tiempo —dijo la chica—. Yo también tenía proyectiles anestésicos.

—Muy bien, no se hable más. Andando.

Emprendieron el descenso. La escalera resultó ser más larga de lo que parecía; Guilford calculó que habría resultado suficiente para una casa de cinco o seis pisos, antes de llegar a una vasta oquedad, de suelo plano, en la que se veían algunos edificios prefabricados, con todo el aspecto de oficinas y centros de control y dirección de las instalaciones industriales montadas bajo tierra.

Lucía una espléndida iluminación, que permitía ver los menores detalles.

Al otro lado de la explanada, divisaron una especie de torreta cuadrada, de unos ocho o diez metros de altura, por otro tanto de lado, con una sola puerta en su parte inferior, de dos metros de anchura. La torreta parecía estar edificada con materiales más consistentes que las restantes construcciones.

Pistola en mano, avanzaron con cautela por la plaza subterránea, que aparecía sumida en el mayor de los silencios. De pronto, cuando estaban a punto de alcanzar el primer edificio, vieron que la puerta de la torre se deslizaba a un lado.

Se escondieron rápidamente tras la esquina de la casa, asomando sólo la cabeza. Tres hombres salieron por aquella puerta, que se cerró de inmediato. Caminaban charlando con gran animación y su aspecto era pacífico, jovial y despreocupado. Por contra, el joven sintió una gran preocupación al darse cuenta del singular detalle.

El trío desapareció en una de las casas situadas en el lado opuesto de la plaza. Guilford esperó unos minutos, antes de continuar su camino.

—¿Qué habrá en esa torreta? —susurró Aminta.

—Podemos averiguarlo, ¿no te parece? —sugirió él.

—Desde luego. Corramos, Penn.

Atravesaron la explanada a todo correr y llegaron a la base de la torreta, dándose cuenta de que la puerta era de sólida plancha de acero y que sólo un obús de grueso calibre podría derribarla. Al tocar el metal, Guilford percibió una persistente vibración, como si la torre encerrase una poderosa maquinaria en su interior.

Reflexionó unos momentos. Luego empezó a buscar el modo de abrir la puerta. Tanteó el metal sin resultado alguno y, a continuación, empezó a examinar las jambas de la misma, tratando de hallar el resorte de apertura.

—Si me lo permiten —dijo una voz cortés, de tonos educados—, yo mismo les guiaré hasta el lugar que tanto están buscando.

Aminta exhaló un pequeño grito. Guilford se mantuvo inmóvil, en la misma postura, sin volver siquiera la cabeza, pese a que había reconocido la voz del que acababa de hablar.

—¿El señor Ghost? —preguntó sugeridoramente.

—Lo siento —contestó Atu-Nai—. No tengo ese honor.

—Pero está no muy lejos de serlo.

—Cuestión de matices tan sólo, señor Guilford —contestó el ingeniero.

—A su gusto —suspiró el joven—. Bien, ya nos atrapó; sólo nos falta ya la orden de ejecución. ¿Cuándo va a darla, señor Atu-Nai?

Sonó una leve risita.

—Mi querido e impulsivo amigo —dijo el ingeniero en tono melifluo—, usted me ha tomado por lo que no soy. ¿Piensa acaso en mí como un asesino sediento de sangre?

—A juzgar por lo que me sucedió el otro día, después de abandonar su granja, yo diría que... En fin, las discusiones son estériles, señor Atu-Nai. Lo que interesa es que tome una pronta resolución.

—Muy bien —contestó el ingeniero—. Le complaceré. Pero antes, dígame, por favor, ¿de verdad cree que yo sería capaz de matarle a usted?

Guilford vaciló unos segundos. Al fin, contestó:

—A las pruebas me remito.

Atu-Nai volvió a reír.

—¿De verdad creyó usted en la historia que le contó su salvador? ¿Se le ocurrió siquiera consultar el mapa para ver si es cierto que existe una granja a cuatrocientas millas de Galilea?

—¡No me diga que...! —exclamó el joven.

—Sí —añadió el ingeniero—. Simplemente, le estábamos probando a usted, señor Guilford. Queríamos saber cómo se desenvolvía ante una dificultad como la que nosotros le provocamos artificialmente. El supuesto granjero era uno de mis propios hombres, el cual llegó cuando, más o menos, le quedaba a usted una hora de oxígeno —Atu-Nai sonrió—. De verdad, fue una idea espléndida hacer arder el automóvil, para llamar la atención con su humareda.

—Pero no lo entiendo —dijo Guilford, desconcertado—. ¿Por qué hicieron eso, si luego pensaban salvarme?

—Digamos que fue una especie de «test» para conocer sus reacciones, para saber, en fin, si es usted una persona digna de enterarse de nuestro más fabuloso secreto, del descubrimiento más asombroso que se ha hecho jamás en este planeta.

—¿Y... lo soy? —preguntó él.

—Sí —contestó Atu-Nai sin vacilar—. Lo es. Y sé que, aun cumpliendo con nuestro deber, no nos traicionará. Quizás ahora no entienda estas palabras, pero lo comprenderá todo dentro de unos minutos. ¿Me permiten, por favor?

El ingeniero pasó por en medio de los dos y se acercó a la puerta. Hizo que sus dedos resbalaran por el marco de la puerta y luego presionó un poco en determinado lugar.

La puerta se deslizó a un lado en completo silencio, dejando ver un espacioso cubículo de unos cinco metros de lado por tres de alto. En el techo, una lámpara proporcionaba la suficiente iluminación.

—Entren, por favor —invitó el hombrecillo—. Repito que no deben tener miedo en absoluto.

Guilford cogió el brazo de la muchacha. Cruzaron el umbral y, en el acto, la puerta se cerró a sus espaldas. Un par de segundos más tarde, el suelo cedió.

Con gran asombro por su parte, Guilford se percató de que estaban en el interior de un ascensor, lo cual explicaba la ligera vibración que había percibido momentos antes, proveniente de los motores que lo hacían funcionar. Pudo darse cuenta también de la gran velocidad de descenso del aparato, de unos diez metros por segundo. «Seiscientos al minuto», pensó.

Durante un buen rato, permanecieron sin hablar. Aminta le dirigió una profunda mirada. ¿Adónde les llevaba aquel hombre?

Los minutos transcurrieron. Cinco, diez, quince... ¿Qué abismo de insondable profundidad se abría bajo la granja?

A los veinte minutos, Guilford calculó que ya se habían adentrado alrededor de doce mil metros en el interior del subsuelo marciano. El aparato no llevaba trazas de detenerse.

Cerca de la media hora, empezaron a notar la acción del freno. Por fin, el ascensor se inmovilizó.

—Ya hemos llegado —anunció el ingeniero.

—Debemos hallarnos a unos dieciséis o dieciocho kilómetros de profundidad —calculó Guilford.

Atu-Nai sonrió.

—Pongamos diecisiete mil cuatrocientos treinta metros, señor Guilford —puntualizó.

Los dos jóvenes se miraron, asombrados de la cifra. ¡Diecisiete kilómetros y medio! ¿Qué era lo que había a semejante profundidad?

La puerta del ascensor se abrió y entonces, los estupefactos ojos de Guilford y de Aminta contemplaron el espectáculo más insólito que jamás les había sido dado ver.

Atu-Nai les empujó hacia afuera con delicadeza. Ellos se encontraban mudos de asombro, estupefactos, incapaces de creer en las imágenes que sus nervios ópticos transmitían al cerebro.

No fue el formidable complejo industrial que había a un lado de la vastísima explanada lo que más les asombró, ni tampoco los centenares de reflectores que derramaban una intensa claridad en todas direcciones, iluminando el lugar como si fuese de día; no fue la multitud de operarios que pululaban por todas partes lo que llenó sus espíritus de desconcierto, sino un espectáculo debido a la naturaleza y que, por lo mismo, resultaba doblemente sorprendente.

La explanada se perdía de vista a derecha e izquierda de la salida del ascensor. Hallábase situada bajo una colosal bóveda —Guilford supuso que de roca—, cuya distancia al suelo no pudo calcular, ya que la luz de los reflectores no alcanzaba a iluminarla, no por falta de potencia, sino porque su objeto era el de alumbrar la fábrica y sus alrededores, cuya bóveda terminaba en un gigantesco muro, al pie del cual se encontraban y en cuyo interior se movía el ascensor que les había traído hasta allí.

¡Pero la explanada terminaba en una playa!

Una playa, en la cual rompían mansamente las olas de un mar misterioso, cuyas dimensiones no se podían adivinar porque las tinieblas lejanas lo impedían.

Incluso soplaba una brisa suave, en la cual percibieron los inconfundibles efluvios de yodo y sales marinas, idénticos en un todo a los producidos por los mares terrestres.

Atu-Nai sonrió al observar la estupefacción que se había adueñado de la pareja.

—Sí —dijo el hombrecillo, muy satisfecho—. Es un mar, no un lago interior. Y digo que es un mar, porque sus dimensiones autorizan a llamarlo de esa forma. Aproximadamente, mide unos mil trescientos kilómetros de largo, por setecientos de ancho, y aunque en algunos puntos, su profundidad alcanza una cota de tres mil seiscientos metros, podemos asegurar, sin temor a errar, que la profundidad media es de cuatrocientos veinte metros.

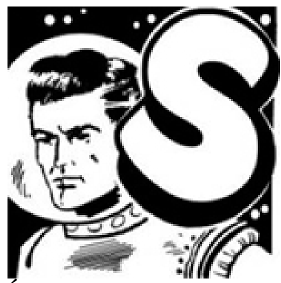
Guilford sintió que una especie de vértigo se apoderaba de su ánimo al escuchar aquellas cifras. Pese a todo, hizo un rápido cálculo mental.

El resultado le abrumó.

—*¡Cuatrocientos millones de kilómetros cúbicos!* —dijo.

—Exactamente —confirmó Atu-Nai, muy orondo.

CAPÍTULO XIV



Í —añadió el singular hombrecillo —, ésa es una cifra muy aproximada. Un Mediterráneo marciano... y nunca mejor aplicada la palabra, señor Guilford, señorita Zakhar. Les supongo enterados de la etimología de la palabra Mediterráneo, ¿no es cierto?

Los dos jóvenes asintieron a la vez. ¿Era posible que aquel mar interior fuese el arma secreta absoluta con la cual los marcianos pretendían destruir a la Tierra?

—¿Qué objeto tiene la fábrica? —preguntó Guilford.

—Es una planta potabilizadora de líquido, para subvenir a las necesidades de la superficie. Estamos terminando de montarla —contestó el ingeniero.

—Entonces, ¿el manantial que vi arriba?

—Procede de una pequeña planta piloto. Cuando la que contemplan esté terminada, podrá bombear a la superficie un caudal de líquido potable no inferior a los mil metros cúbicos por minuto. Energía nuclear, por supuesto.

—Pero —intervino Aminta, quien había permanecido silenciosa hasta entonces—, ¿no temen que un día pueda agotarse el mar?

Atu-Nai no pudo evitar una leve sonrisa de superioridad.

—Mi querida señorita Zakhar —contestó—. Usted no se ha dado cuenta sin duda de las cifras y lo que representan. A razón de sesenta mil metros cúbicos por hora de agua potabilizada, podemos enviar a la superficie nada menos que casi un millón y medio por día. En un millón de días, esto es, alrededor de dos mil setecientos cuarenta años —cifras aproximadas, por supuesto—, habríamos consumido una tercera parte del contenido de este mar... si no fuera por la red de inagotables manantiales y ríos, algunos de gran caudal, que afluyen constantemente a él. He tenido ocasión de recorrer gran parte del mar —que hemos dado llamar Mediterráneo II, para diferenciarlo del terrestre— y les aseguro que hay lugares de gran belleza, a cuya contemplación resulta difícil sustraerse. No, no hay peligro de que se agoten las reservas hidráulicas de Marte, aparte de que no es éste el único mar interior de que dispone el planeta.

Aminta se sintió empequeñecida ante los números. Suponiendo que las extracciones no fuesen compensadas por los manantiales subterráneos,

habrían de pasar más de seis mil años antes de que los hombres vaciasen por completo aquel fabuloso reservorio de líquido.

—¿Cómo lo descubrieron? —preguntó Guilford.

—La casualidad, como suele suceder en todo. Alguien encontró una cueva, empezó a seguirla, vio que no alcanzaba su fin... volvió en busca de ayuda y medios para explorarla... y se encontró con este océano. Han pasado muchos años desde entonces, es cierto, pero ya estamos culminando nuestros trabajos. No han sido fáciles, puedo asegurarlo; sin embargo, créanme cuando les diga que la recompensa final merecerá el esfuerzo realizado.

—¿Y no hay miedo de que se hunda la bóveda? —quiso saber la chica.

—La naturaleza es sabia —replicó el ingeniero—. A trechos, muy espaciados, claro está, hay islas, que son más bien basamentos de columnas que alivian en parte el peso de la bóveda, cuya altura media es de mil a mil quinientos metros. Es un fenómeno natural maravilloso, incomparable; algunas de las columnas tienen centenares de metros de diámetro... cuando visiten algunos puntos de este lugar tan bello, comprenderán que la palabra es pobre para cualquier descripción.

Guilford recordó de pronto su misión.

—¿Es ésta el arma absoluta? —inquirió.

—Sí —afirmó Atu-Nai con acento convencido—. Lo es, porque cuando en Marte se disponga de ríos de agua, en cantidad inagotable, el número de los terrestres que desearán venir a Marte resultará incalculable. El gobierno terrestre ya no podrá poner trabas a nuestra expansión ni impedirá, solapadamente, el progreso del Cuarto planeta. Entonces, la independencia vendrá por sí sola.

—Eso se contradice por completo con lo que nosotros hemos podido observar —manifestó el joven—. No hay más que citar, por ejemplo, las desapariciones de dos de nuestros mejores agentes, los atentados de que hemos sido víctimas y la operación quirúrgica que sufrió la señorita Zakhar.

—Me siento apenado —declaró Atu-Nai con acento sincero—. Siempre, en todas partes, cuando surge algún movimiento como el nuestro, aparecen los inevitables extremistas.

—De los cuales, el denominado señor Ghost es su cabecilla principal — indicó Aminta con acento severo.

—Créanme que lo siento —dijo el ingeniero—. Hemos tratado de hacerle entrar en razón, pero nos ha resultado imposible. Es el típico ejemplo de la víbora a la cual se proporciona calor en el seno y luego nos muerde. Nuestros intentos para obligarle a caminar por los senderos pacíficos han resultado estériles.

—Pero debieran haberle aplicado los mismos métodos que usa él, puesto que su forma de actuar les desprestigia a ustedes —alegó Guilford.

Atu-Nai suspiró con fuerza.

—Eso es lo que tendremos que hacer —convino—, a pesar de que nos desagrada enormemente.

—No es que les desagrade o no —apuntó la chica en tono juicioso—, sino que es de todo punto necesario.

—¿Por qué? —preguntó Atu-Nai.

—Por la sencilla razón de que sus acciones indican ambición de mando. No lo hace por lo que podríamos llamar marcianismo puro, sino por codicia de poder. Muchos de sus hechos podrían pasársele por alto, si se tratase de un idealista puro —argumentó la muchacha—, pero cuando lo que se pretende es erigirse en cabecilla absoluto, todas las buenas intenciones que pueda alegar a favor del movimiento independentista que declara defender quedan borradas por completo.

Atu-Nai asintió con gesto pensativo.

—Sí —suspiró—, creo que tiene usted razón, señorita Zakhar. Y ahora, por favor, ¿quieren venir conmigo y darse un pequeño paseo en barca por las inmediaciones de la fábrica? A tres kilómetros hay una columna de piedra que es una maravilla de la naturaleza —sonrió—. Me llevaré una cámara fotográfica para que tengan un buen recuerdo de estos momentos.

—Luego piensa dejarnos libres —observó Guilford con no poco asombro.

—¿Por qué no? —sonrió el ingeniero—. Todo está a punto de concluirse; dentro de breves días empezará el bombeo del agua potabilizada y arriba, en la superficie, nacerá un nuevo río que fertilizará los desiertos marcianos —miró al joven con intención—. Estoy seguro de que le gustaría dejar su profesión actual y trabajar con nosotros, señor Guilford.

—¿Por qué lo dice? —preguntó el joven.

—Usted es ingeniero por Stanford, California, aunque, dotado de cierto espíritu aventurero, ingresó en el SIS recién terminada la carrera. ¿No cree que, ahora que tiene al lado a una linda joven, es hora de sentar la cabeza y fundar un hogar feliz? Habrá trabajo en abundancia, se lo aseguro; esto no es la Tierra, pero se sentirán ambos mil veces mejor que allá abajo.

Guilford y Aminta se miraron el uno al otro. Ella se sonrojó, a la vez que emitía una sonrisa un poco de circunstancias y otro poco de íntima complacencia.

—Bueno —dijo Aminta—, el jefe se pondrá como una furia cuando se entere de que hemos desertado.

—¿Desertar? —exclamó Atu-Nai—. Pero... ¿quién puede considerarlo así, señor Guilford? Usted sólo vuelve a ejercer su profesión con nosotros, por supuesto, con los emolumentos adecuados a su categoría. Ya ve —añadió sonriendo—, ni siquiera le ofrezco una gran suma de dinero como un posible soborno.

—A veces —respondió el joven—, no es necesario el dinero para sobornar a una persona, señor Atu-Nai. Una perspectiva como la que ofrece, bastaría para tentar al más ecuánime.

—Luego, ¿acepta? —preguntó Atu-Nai con avidez.

Guilford vaciló unos segundos. Consultó a Aminta con la mirada.

Ella dijo:

—Lo dejo a tu elección, querido.

Guilford se enfrentó con el ingeniero.

—Si sus palabras son sinceras, no se opondrá, entonces, a que antes de unirme a ustedes, destruyamos la rama extremista de su organización —manifestó—. Jamás podría aliarme con quienes asesinaron a dos de mis compañeros, señor Atu-Nai.

—Eso está muy puesto en razón —convino el ingeniero—. Nosotros mismos le estaremos muy agradecidos si realiza tal labor, porque así, el gobierno de la Tierra entenderá la rectitud de nuestras intenciones.

—Se llevarán un gran chasco cuando se enteren de que no existe tal arma —observó Aminta, contemplando el leve movimiento de las olas, que morían a cincuenta o sesenta pasos de distancia.

—Muy bien —manifestó el ingeniero—. Y ahora, vamos a tomar las fotografías prometidas. Espérenme un momento...

Atu-Nai se interrumpió de repente. Alarmado, Guilford volvió la cabeza, viendo a Shang en el mismo instante. El coloso salía del ascensor, seguido de dos sujetos de desagradable aspecto y claras intenciones homicidas.

Los tres iban armados.

—¡Atu! —gritó Shang—. ¡Nos has traicionado!

—Cuidado —advirtió el joven—. Vienen con ganas de pelea.

—No se muevan —ordenó el hércules—. Les tenemos cubiertos.

—Ya lo veo —replicó Guilford con tranquilidad—. ¿Qué piensa hacer ahora con nosotros?

—Imagínenselo —contestó Shang fríamente.

No llevaba armas en las manos, pero sus dos compinches le cubrían los costados, apuntándoles con sendas pistolas de pólvora.

—Tarde o temprano, serán descubiertos y castigados —manifestó el joven—. Nuestras muertes no resolverán nada, señor Ghost.

El hércules soltó una fuerte risotada.

—Ya era hora de que adivinase mi identidad, señor Guilford. ¿Cómo lo supo?

—Precisamente —respondió él— por la misma paradoja que supone su aspecto físico. Uno, al verle, pensaría que es un esbirro elegido por su fuerza física y no por su inteligencia, siendo así que en usted, ambas cualidades se combinan muy bien y en abundancia. Incluso su aspecto es casi un disfraz, que le permitió, hasta ahora, pasearse impunemente bajo nuestras barbas, sin ser descubierto.

—Creo que es usted muy listo, señor Guilford. Pero su listeza no le va a servir de nada. Dentro de unos segundos, habrá quedado completamente reducida a cero.

—¡No! —gritó de pronto el ingeniero, avanzando unos pasos—. ¡Le prohíbo que cometa más crímenes, Shang! ¡Está manchando de sangre el espíritu de nuestro movimiento!

—¡Al diablo con las consideraciones! —barbotó el hércules—. ¡Son

agentes del SIS y hay que eliminarlos!

—Le digo que no lo permitiré —insistió Atu-Nai, arrojándose sobre el hombrón, sin reparar en la diferencia de fuerzas—. ¡No quiero más asesina...!

Estalló un disparo.

Atu-Nai se llevó ambas manos al pecho, vacilando, el hércules soltó una maldición.

Aminta alargó el brazo derecho. Un puntito oscuro apareció de pronto en el pómulo izquierdo de Shang.

Los ojos de Shang se dilataron horrorosamente, a la vez que su boca se torcía en una mueca infernal. De pronto, las fuerzas le fallaron y, vencido su poderoso organismo por el cianuro, se desplomó al suelo. Pataleó un poco y murió.

Los dos sicarios quedaron aturdidos por un desenlace inesperado. Guilford no desaprovechó la ocasión.

Disparó dos dardos anestésicos y los rufianes se desplomaron inconscientes.

Aminta se arrodilló junto a Atu-Nai, sosteniéndole la cabeza entre las manos. Algunos de los operarios, alarmados por el estampido del disparo, corrían hacia allí.

—¡Un médico, pronto! —gritó Guilford, arrodillándose también al lado del herido.

Atu-Nai movió débilmente la cabeza.

—Es... es inútil —jadeó—. No... no me queda ya mucho tiempo. Escuche, señor Guilford...

—No hable, se lo suplico —dijo Aminta.

—Tengo que hacerlo... Es inexcusable... señor Guilford... usted me ha comprendido. Siga... adelante... Ellos... son buenos, le obedecerán... Bombee el agua... envíela a los desiertos... Marte es lo primero...

Su voz se convirtió de pronto en un murmullo ininteligible.

Poco después cerró los ojos. Se estremeció un poco y luego se quedó quieto.

Aminta depositó su cabeza en el suelo. Escondió su cara entre las manos y rompió a llorar con desconsuelo.

* * *

Ya no había interferencias. Podía comunicar libremente con la central SIS.

—*Le presento mi dimisión y la de Aminta Zakhar, jefe* —dijo después de su informe—. *Ambos nos quedamos en Marte. Tenemos mucho trabajo que hacer.*

—*Lo siento de veras, señor Guilford, y les deseo a los dos todo género de felicidades. Enviaré un buen regalo de bodas.*

Guilford cerró la comunicación. Luego, con el brazo derecho, rodeó protectoramente los hombros de la muchacha.

Estaban al pie de un grupo de rocas, situadas al aire libre. En el centro, se

veía un orificio de forma circular de más de dos metros de diámetro.

Un poco más arriba, había una lápida y una cruz. Guilford había estimado que a Atu-Nai le habría gustado ser enterrado en aquel punto, encima de la salida del agua.

En torno a ellos, un nutrido grupo de técnicos y operarios aguardaban con ansiedad. El rumor de sus conversaciones parecía el mosconeo de un grupo de insectos alados, moviéndose sin cesar.

Un sordo rugido se oyó de pronto. Las conversaciones callaron en el acto.

Decenas de ojos se fijaron en el tubo de salida.

De pronto, un enorme chorro de agua irrumpió al exterior con gran fuerza.

Sonó un tremendo grito de júbilo. Algunos, despojándose de las máscaras de oxígeno, corrieron hacia el manantial y probaron el líquido. Nuevamente emitieron gritos de alegría.

Aminta apoyó la cabeza en el hombro de Guilford.

—¡Cuánto le habría gustado ver esto a Atu-Nai! —dijo evocadoramente.

—Era su arma absoluta —murmuró el joven—. Y acabó, por triunfar.

El agua corría libremente por el reseco suelo marciano. Un día, Guilford lo vio con los ojos de la imaginación, se formaría un lago, acaso un pequeño océano. El ejemplo de la primera obra estimularía a los demás; se exploraría el subsuelo del planeta; se levantarían más plantas potabilizadoras y de bombeo... con lo que dispondrían de más agua en la superficie, se produciría la evaporación del líquido, se formarían nubes, volvería a caer el agua en forma de nieve y gotas de lluvia... Era fácil imaginarse lo que sucedería, aunque, por el momento, la contemplación de aquel panorama quedaba reservada a sus nietos.

Pero no les importaba en absoluto. A fin de cuentas, desde que el hombre hizo su aparición sobre la Tierra, cada generación había trabajado para la siguiente.

De pronto, sintió el zumbido de llamada del receptor radiocraneal.

—*Central llama a BF101* —oyó en su cerebro.

—*Adelante, central* —contestó el joven.

—*Tenemos buenas noticias. Shokaku recibió la respuesta a su mensaje. Sirio trata de entablar relaciones con el Sistema Solar.*

—*Magnifico* —alabó el joven.

Lo realmente magnífico era que Mahlvorson había dicho Sistema Solar y no sólo la Tierra. Esto indicaba un cambio de mentalidad «allá abajo».

Pero lo que estaban viendo sus ojos era aún mucho mejor. Sirio quedaba lejos, muy lejos.

En cambio, Aminta estaba tan cerca...


FIN

BEST - SELLERS

DEL

OESTE

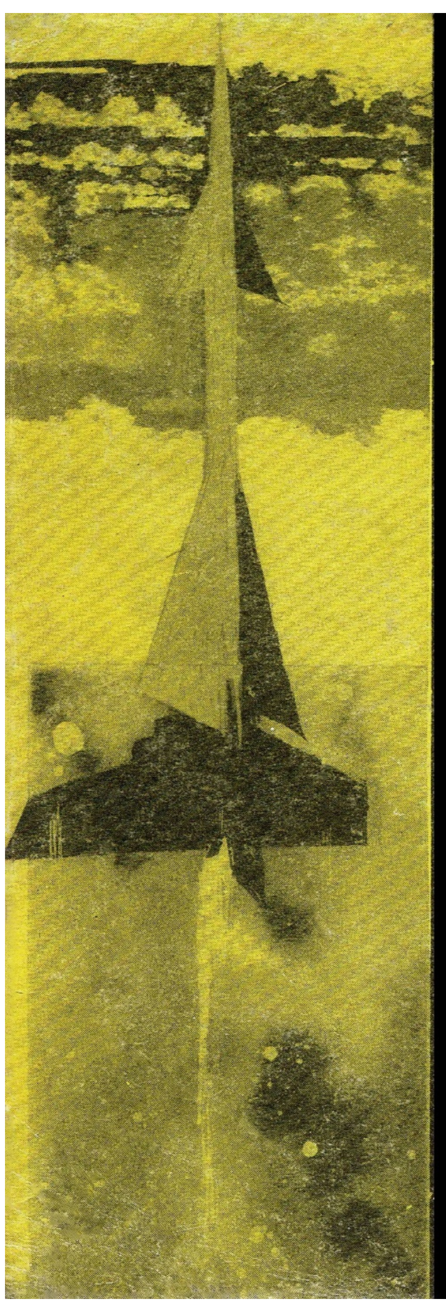
Los temas más sugestivos tratados por escritores que conocen aquellas lejanas tierras y muchos de los cuales descienden de los pioneros que edificaron, sobre un mundo de violencia y dureza, una nueva tierra de prosperidad

•

Las situaciones más emocionantes, al lado de las escenas más llenas de humanidad Una humanidad a veces truculenta y primitiva, propia de una raza que tuvo que crear su propia patria a base de puñetazos y disparos •

Publicación semanal

PRECIO: 17



De las paredes
de aquel mundo,
desconocido para ellos,
brotaba una sustancia
conocidísima para
cualquier ser humano:
¡SANGRE!

Próximo numero:

NAUFRAGIO

Autor:
CLARK CARRADOS

Precio:
8 ptas.